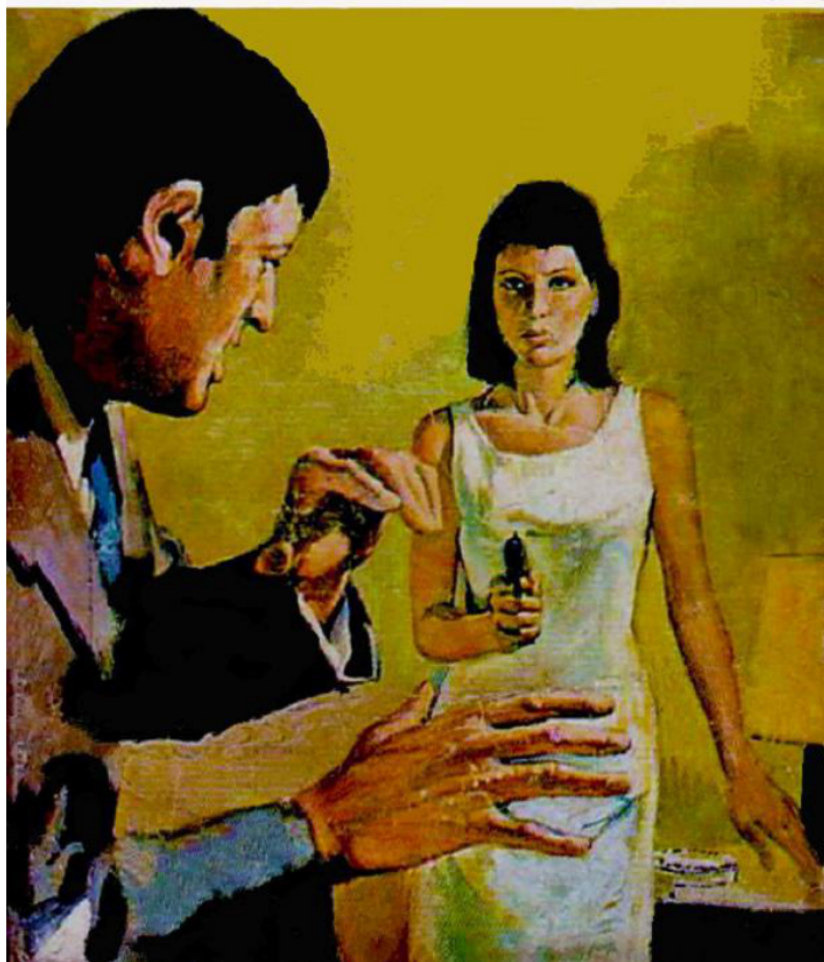




pura dinamita

KEITH LUGER



Hacía un día muy caluroso. Eran las doce de la mañana y no soplabla la más ligera brisa del mar. James Nelson se detuvo un instante y pasó el dedo índice de la diestra por el cuello de la camisa pretendiendo ensancharlo. Luego se echó el sombrero sobre la nuca y se enjugó el sudor del rostro con un pañuelo. Contempló el cartel que sobresalía de la fachada:

«Ramón Gómez. Compraventa de toda clase de objetos. Se paga en el acto».

Guardó el pañuelo y abrió la puerta del establecimiento, produciéndose un campanillazo.



Keith Luger

Pura dinamita

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1189

ePub r1.0

Titivillus 01-12-2019

Título original: *Pura dinamita*

Keith Luger, 1973

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Hacía un día muy caluroso. Eran las doce de la mañana y no soplabla la más ligera brisa del mar. James Nelson se detuvo un instante y pasó el dedo índice de la diestra por el cuello de la camisa pretendiendo ensancharlo. Luego se echó el sombrero sobre la nuca y se enjugó el sudor del rostro con un pañuelo. Contempló el cartel que sobresalía de la fachada:

«Ramón Gómez. Compraventa de toda clase de objetos. Se paga en el acto».

Guardó el pañuelo y abrió la puerta del establecimiento, produciéndose un campanillazo.

Una ola caliente le azotó el rostro, pero inmediatamente pudo percibir un perfume de mujer. Se detuvo en el umbral después de cerrar la puerta a sus espaldas y la descubrió al fondo, hablando con el hombre que regentaba el negocio. Podía tener unos veintidós o veintitrés años y tenía el cabello negro y la piel muy morena. Se cubría con un traje de hilo blanco y no llevaba medias. Sus zapatos eran de rafia, de medio tacón. Era hermosa y poseía una bonita cara; Nelson lo apreció así porque en aquel momento ella volvió la cabeza y le miró.

—Es un buen precio, señora —decía el mercachifle.

La joven sostuvo unos instantes la mirada escrutadora de Nelson y volvió sus ojos a la estatuilla que tenía en las manos, una Diana cazadora.

—Está bien, señor Gómez —asintió.

Dejó la estatuilla sobre el mostrador de madera y abrió el bolso que le colgaba de un hombro. Extrajo unos cuantos billetes, dólares americanos, y el señor Gómez se hizo jalea. Luego de pagar al negociante, la joven cogió su compra y se dispuso a salir.

Nelson no se había movido y tuvo que apartarse para dejarla pasar. La dama dejó tras de sí un halo de perfume, abrió la puerta y salió, pero antes de cerrar volvió a mirar a Nelson, y éste tuvo la

impresión de que ella era lo único refrescante que quedaba en aquel pueblo mexicano de la costa del Pacífico.

De pronto oyó que el señor Gómez se estaba dirigiendo a él:

—¿Qué desea, señor?

Nelson dio la vuelta y se acercó al mostrador en el que todavía se podía respirar el aroma a jazmín que había dejado la hermosa compradora.

Se metió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacó una pistola y dejola sobre el mostrador. Gómez observó el arma y sonrió.

—¿La quiere vender, señor? —murmuró con una sonrisa.

—Sí, a menos que organice usted un concurso de tiro con mil pesos para el vencedor.

Gómez no rió el chiste, sino que cruzó los brazos y repuso:

—Tengo muchas pistolas, señor, demasiadas. —Hizo una pausa y continuó—: Hace veinte años yo vendía muchas. Era un buen negocio, pero ahora ya han terminado las revoluciones en México.

—Fue un buen discurso, amigo. ¿Cuánto da?

—Ya le he dicho...

—No lo repita. ¿Cuánto da?

Gómez se rascó una oreja y cogió el arma observándola durante un buen rato.

—Fue con la que liquidaron a Dillinger —indicó Nelson mientras se enjugaba el sudor de nuevo.

—El señor es muy gracioso —retrucó su interlocutor—. Los mexicanos no conocen a ese caballero que usted ha mencionado. Sería buena si fuese una de las que utilizaron para acabar con Pancho Villa. —Gómez hizo una pausa y por fin ofreció—: Doscientos pesos.

—No bromea, amigo. Usted sabe que con esa cantidad ni usted mismo tiene para comprarse la brillantina que emplea durante una semana para el cuidado del cabello.

—Doscientos pesos —repitió Gómez, y dejó la pistola sobre el mostrador.

Nelson se mordió el labio y luego meneó la cabeza.

—De acuerdo, sanguijuela. La subasta ha terminado. Aligere los doscientos.

El comerciante tiró de un cajón y manipuló un rato en su interior.

Luego asomó una mano y alargó a Nelson el dinero. Éste contó con toda tranquilidad los billetes y se dirigió a la puerta. Con la mano en el picaporte volvió la cabeza y preguntó:

—¿Cuánto si quiero comprarla de nuevo?

—Dos mil pesos, señor. No se puede figurar lo que me cuesta mantener el establecimiento abierto. Todo se lo llevan los impuestos.

—Claro que sí, sanguijuela, claro que sí.

—El señor es muy comprensivo —le sonrió Gómez, enseñando los dientes.

Nelson habría retrocedido para cerrarle la boca de un puñetazo, pero hacía mucho calor y el ejercicio le haría sudar un poco más. Optó por salir fuera.

Nubes de polvo se levantaban de la calle cada vez que pasaba un vehículo. Un perro sarnoso se acercó a un farol, pero no lo encontró de su gusto y siguió buscando.

Nelson echó a andar despacio. Al cabo de un rato se detuvo ante las batientes hojas de un bar. De dentro llegaban las notas de un piano. Empujó y se metió dentro. Al fondo estaba el piano, junto a una ventana, y el que lo tocaba se interrumpía cada minuto para echar un trago de refresco. Dos tipos jugaban al billar hacia la derecha. Las mesas estaban vacías y en el mostrador no había nadie excepto el hombre que velaba por el mismo, un fulano gordo, casi calvo, que tenía un cigarrillo a caballo sobre una oreja.

—¿Qué le sirvo, señor? —preguntó deslizándose con mucho trabajo hacia el lugar en que se había apoyado Nelson.

—Un *whisky*, compañero, pero quisiera tomarlo mientras siento alguna emoción.

—Suba por la escalera de la izquierda. Creo que hay armada una partida de póquer en el primer reservado. Le subiré el *whisky*.

—*Okay*— asintió y se puso otra vez en movimiento. Subió la escalera y abrió la primera puerta que encontró a lo largo del corredor.

Cuatro tipos dejaron de mirar sus naipes y volvieron la cabeza. De los cuatro, tres eran mexicanos. El otro fue el que más interesó, de momento, a Nelson. Era compatriota suyo, alto, delgado, de nariz bulbosa y boca de labios sensuales.

—El tipo de abajo me ha dicho que ustedes necesitaban dinero —

explicó cerrando la puerta.

Los mexicanos no dijeron nada, pero el huesudo repuso:

—Síntese. Pero ha elegido un mal momento. Es mi día de racha.

Nelson no hizo comentario alguno y ocupó una silla. El gordo llegó poco después con el *whisky* y Nelson lo hizo desaparecer de un trago. Le dieron cartas a la mano siguiente y pronto pudo comprobar que el tipo que le había dirigido la palabra estaba en lo cierto. En media hora perdió ciento cincuenta pesos de los doscientos que le había dado Gómez por la pistola. Entonces colocó ante sí los cincuenta que le quedaban. Ganó tres manos seguidas, con lo cual se colocó en ciento veinticinco.

Entonces le tocó dar al suertudo y Nelson se vio con un trío de reinas. Cuando uno de los mexicanos abrió el *pot* de veinticinco pesos y siguió el que daba, él, Nelson, subió a los setenta y cinco. Los dos le fueron. El pidió dos cartas, el mexicano una y su compatriota tres. Nelson se quedó con el trío de reinas y pasó, el mexicano estuvo conforme, pero el otro gringo añadió cien pesos más. Nelson empujó todo lo que tenía delante y se quedaron los dos solos en la jugada.

—Ya se lo advertí, amigo —subrayó el de la racha—. Yo he hecho los tres ases.

Nelson dejó caer los naipes y se levantó.

—Ya tengo bastante —dijo, y dando media vuelta salió del reservado.

Descendió la escalera y se dirigió al tipo gordo.

Éste interrumpió la lectura de un periódico y dijo:

—¿Recién llegado y ya lo liquidaron?

—Hasta el último peso. Si quiere cobrar su *whisky* tendrá que quedarse con mí sombrero.

—No está bien, amigo —frunció el ceño el otro—. Debí pagarme antes.

—Pensé que no me podía fallar, pero no se preocupe. Cualquier día de éstos me acercaré por aquí a liquidar mi cuenta.

—Sin trabajo, ¿eh? —sonrió el calvo, malévolamente—. Aquí la autoridad es muy estricta, compañero. Si le denuncio le cuesta treinta días de trabajo. Tiene músculos y colaboraría a adecentar nuestras carreteras.

—¿Va a hacer tal cosa por un *whisky*?

—No me gusta su cara.

—No tuve más remedio que quedármela cuando me dieron el cuerpo. Iba comprendido en el lote.

El gordito se quedó serio, pero alguien rió por él. Nelson volvió la cabeza descubriendo al compatriota que lo había desplumado. No lo había oído llegar.

—¿Qué es usted, amigo? ¿Un gato? —le interpeló.

El otro por toda añadidura sacó un fajo de billetes y separó unos cuantos que dejó caer sobre el mostrador.

—Allí tienes, Pancho. Creo que con eso queda cubierto lo que hemos tomado ahí arriba y lo que pueda deber el señor por su *whisky*.

Nelson se mantuvo en silencio unos instantes y luego dijo:

—Gracias.

Y sin añadir ninguna otra palabra se alejó en dirección a la calle.

Ya andaba por la acera cuando de nuevo oyó la voz de su bienhechor, pero ahora ya no se sorprendió de tenerlo a su lado.

—¿Adónde va, compañero?

Nelson se volvió hacia él, humedeciéndose los labios con la lengua.

—Escuche, amigo —le dijo—. Nos conocimos allá arriba, jugamos una partidita y usted sólo me dejó el polvo de los bolsillos. No me quejo ni le he pedido nada. Fue cuenta suya liquidar mi deuda con ese tonel de grasa. No querrá que por cincuenta centavos le cuente la historia de mi vida, ¿verdad?

—Un lobo solitario, ¿eh? —comentó el otro, sin dejar de sonreír.

—Bueno, eso creo que tampoco le importa a usted. Y se me hace tarde, amigo. Debo ponerme el traje de etiqueta para llegar a tiempo a la cena del gobernador.

—Apuesto a que el único traje que tiene es ese sucio que lleva puesto.

Nelson sacó un paquete de cigarrillos. Sólo le quedaba uno, se lo puso en los labios y arrojó el envoltorio. Encendió sin dejar de escrutar al entrometido.

—¿A qué viene todo eso? —le preguntó arrojando una bocanada de humo.

—Quisiera ayudarle.

—¿Por qué? Nadie da si no espera recibir algo a cambio.

—Con usted es difícil conversar, amigo. Es bastante suspicaz, ¿no?

—Culpe de ello a la vida. Me hizo así. Tres personas en las que, a lo largo de estos diez años, confié plenamente, me traicionaron cuando necesité de ellas.

—Corriente, pero escuche esto. Le daré doscientos dólares, con una sola condición.

—Ya entiendo. Sólo tengo que hacerle un agujero en la barriga a cierto tipo que no le hace a usted ninguna gracia.

—Se equivoca. ¿Dónde se hospeda usted?

—En el Papagayo, cierto lugar al que un viejo desdentado se empeña en seguir llamando hotel.

—Bien, amigo. La condición es que usted tendrá que permanecer cuatro días, a partir de hoy, en el Papagayo. Naturalmente usted podrá hacer su vida ordinaria, pero dormirá allí. En cualquier momento puede recibir noticias más.

Nelson dio una larga chupada al cigarro, observando al desconocido.

—¿Está usted bien de la azotea?

—Mejor de lo que usted supone. ¿Cuál es su nombre?

—James Nelson. ¿Y el suyo?

—Eso no forma parte del trato.

Sacó una cartera del bolsillo interior de la chaqueta y extrajo un fajo de billetes americanos. Contó doscientos dólares y los alargó a Nelson diciendo:

—Eso es todo.

Nelson cogió el dinero y repuso:

—¿Y si usted hiciera un mal negocio? Podría coger este dinero y largarme. Hace tiempo que tengo ganas de volver a Estados Unidos.

—Correré ese riesgo, pero ¿sabe una cosa? —Hizo una pausa y añadió—: No crea que me hubiese dirigido a cualquiera. Usted me da dado la impresión de que es de los que cumplen.

Sonrió mientras se guardaba la cartera y luego se pasó el dorso de la mano por la barbilla. Inmediatamente le dio una palmada en el brazo a Nelson y dijo:

—Adiós, amigo. Y recuérdelo, cuatro días. Sólo tiene que esperar cuatro días. Si no ocurre nada en ese intervalo, se puede usted largar.

Nelson lo vio alejarse. Un poco más allá, el desconocido detuvo un taxi, se metió dentro y poco después el vehículo desaparecía de su

vista.

Bueno; ¿qué clase de mundo era aquél? Había estado dos semanas dando vueltas por la población buscando la forma de hacer dinero y he aquí que, cuando estaba en las últimas, surgía lo más imprevisto. Un tipo extraño que le entregaba doscientos dólares graciosamente. Estaba seguro de que lo de permanecer en el Papagayo era solamente una excusa que había buscado el huesudo para no herir su susceptibilidad. ¿O estaba hablando en serio? Pero en este caso, ¿por qué tenía que esperar?

El perro sarnoso había encontrado por fin su farol. Nelson lo miró con simpatía. Todo el mundo halla, tarde o temprano, lo que busca. Cuando echó a andar, había decidido permanecer aquellos cuatro días en el Papagayo.

La suerte estaba echada.

CAPÍTULO II

La vio por segunda vez al día siguiente, sobre las ocho de la tarde, cuando oscurecía. El entró en el bar Americano para tomar una copa y la reconoció enseguida a pesar de que sólo la vio de espaldas. La diosa estaba sentada en un taburete de la barra y había cambiado de indumentaria. Ahora cubría su armonioso cuerpo con una falda gris y un jersey azul, de escote redondo. Bebía un martini a pequeños sorbos, como si quisiera dejar pasar el tiempo. Nelson lamentó que no hubiese ningún taburete cercano vacío y tuvo que contentarse con el que estaba en un extremo, un poco alejado de la morena. Se sentó y pidió al mozo un cuba libre. Ella levantó los ojos y lo vio a él, pero enseguida los apartó como si lo que acabase de ver fuera una mosca. Nelson despachó la bebida y pidió otra.

Un borracho metió la cabeza por encima del hombro de la joven y le dijo algo. Ella volvió la cara y le respondió de una forma que no debió gustarle mucho, porque el hombre compuso una cara muy seria y dando media vuelta se largó con paso indeciso. Nelson no pudo menos que sonreír. Aquella mujer sabía arreglárselas por sí misma.

Transcurrieron otros quince minutos y de pronto la joven consultó el reloj de pulsera, hizo una seña al mozo y tras pagarle su consumición saltó del taburete. Varias cabezas se volvieron para contemplarla. Se dirigió hacia la salida.

Nelson sacó una moneda, la arrojó al aire, cazóla diestramente y cuando la destapó vio que había salido cara. Inmediatamente apuró el contenido de su vaso y dejando dos dólares sobre el mostrador corrió hacia la calle.

Vio a la joven a lo lejos. Se dirigía a los muelles del sur.

No quería que ella le descubriese y decidió mantener la distancia. Los faroles estaban encendidos y allá a lo lejos, sobre el horizonte del mar, había muchas nubes negras, pero la atmósfera seguía siendo pesada, extremadamente calurosa.

Encendió otro cigarrillo y echó a andar con la mirada fija en la falda clara. La morena entró por una verja y dejó atrás la cabina de

la aduana.

Nelson llegó ante los barrotes y no pasó al otro lado. Se detuvo contemplando ahora cómo caminaba cerca del borde del muelle. Un pescador volvió la cabeza y le debió decir algo al pasar, pero ella no se dio por aludida y continuó su camino, majestuosa como una reina.

Nelson pensó ahora que si la seguía y a ella se le ocurría en cualquier momento volver la cabeza lo descubriría. Naturalmente podría entablar conversación, pero quizá lo tratase de la misma forma que a los demás. Después de todo, él no tenía el temperamento de aquellos mexicanos que requiebaban a diestro y siniestro por la calle.

Tenía que encontrar una coyuntura que le permitiese abordarla con alguna garantía de éxito. Siguió andando por la parte de fuera. Ahora la veía a través de los barrotes y era como si contemplase un filme que estuviese a punto de cortarse. Así recorrieron, paralelamente, un cuarto de milla.

Por aquella parte reinaba la oscuridad hasta el punto de que sólo podía distinguir a la mujer porque su silueta se recortaba perfectamente sobre el fondo del océano.

La joven se detuvo cerca de un lugar en que se alzaban grandes naves donde apilábanse las mercancías.

Se mantuvo inmóvil, como si vacilase, y entonces fue cuando volvió la cabeza, tal como lo había calculado Nelson. No vio a nadie a sus espaldas y se dirigió hacia los almacenes; en un instante desapareció de la vista de Nelson.

¿Qué era lo que pasaba allí? Se dijo que la respuesta era fácil. La muchacha se había citado con alguien en aquel lugar.

Bien; había llegado tarde. La plaza estaba tomada. Regresaría al bar Americano y brindaría por su estupidez.

Pero de pronto oyó un grito ahogado que procedía de la nave en que había penetrado la muchacha.

Sus músculos estallaron como un resorte. Pegó un salto y se encaramó a la verja. Era muy alta, pero él estaba decidido a pasar al otro lado. Estiró los brazos y cogiéndose a los hierros se irguió a pulso. Vio las puntas de lanza en que terminaban las barras y se estremeció pensando que podía quedarse allí, colgado de ellas por el vientre. Hizo acopio de todas sus energías y balanceó las piernas

de derecha a izquierda tomando impulso. Luego se lanzó al aire de costado y pasó por encima de las agujas. Miró al suelo y trató de no caer en mala posición, porque de lo contrario se rompería unos cuantos huesos contra el cemento.

Sus pies entraron en contacto con el suelo, pero el golpe fue demasiado seco y sus rodillas crujieron al tiempo que sentía un terrible dolor en la espina dorsal. Rodó varias veces y al fin quedó inmóvil. Sintió un aguijonazo en el tobillo izquierdo, mas consiguió enderezarse; y echando a correr hacia la cercana nave, entró por la puerta que había utilizado la joven. Sus pasos, mientras corría, resonaban produciendo un eco. Había fardos a uno y otro lado. Por fin halló un claro y se detuvo viéndola en pie.

Cerca de ella, en el suelo, había un hombre tendido, inmóvil.

Nelson se mantuvo un momento expectante, pero al ver que la joven no tenía nada en las manos se acercó al cuerpo y agachóse sobre él. No necesitó tocarlo para saber que estaba muerto. El mango de un cuchillo sobresalía por entre sus omoplatos. Le dio la vuelta para verle la cara. Era un hombre de unos treinta y cinco años de edad, de tez muy morena y bigote recortado. Probablemente la muerte le sorprendió y ni siquiera se había dado cuenta de que dejaba el mundo de los vivos. En su semblante había una expresión de serenidad y tenía los ojos cerrados.

Nelson se levantó y, sacando el pañuelo, se lo pasó por el rostro.

—¿Y bien? —preguntó mirando a la joven.

Los grandes ojos de ella le observaron a su vez.

—Estaba muerto cuando llegué —murmuró.

—Quizá yo pueda creerla, pero la policía no es fácil de convencer.

—¿La policía?

—Sí, esos señores que se ocupan de averiguar por qué un hombre ha sido trinchado por la espalda, siempre que ello ocurre.

Hubo un silencio y luego ella expuso:

—Lo cual quiere decir que pasará a ser la sospechosa número uno.

—Lo siento, pero será así.

—Pero usted... —empezó a decir, y dejó morir las palabras en sus labios.

—Creo que mi testimonio sólo serviría para empeorar las cosas —contestó él—. Yo me encontraba al otro lado de la verja. La vi a usted entrar en la nave, se produjo un grito, yo salté, vine aquí... y

me la encuentro con este tipo que ha terminado de sufrir. No he visto a nadie más. ¿Se da cuenta? Sólo a usted.

—Comprendo —repuso con voz apenas audible.

—Empecemos por el principio. Mi nombre es James Nelson.

—Ruth Landing.

—Muy bien, señorita Landing. Ahora sólo falta que se presente el muerto, pero como él no puede hacerlo, será mejor que lo haga usted.

—No sé quién es. En mi vida lo había visto.

—Oh, no. Así no vamos a ninguna parte.

—¡Pero si es la verdad!

—¿Quiere decir que venía a entrevistarse aquí con este hombre sin conocerle?

—Exactamente.

—Eso suena muy mal. La policía mexicana lo considerará como una mentira muy burda. Intente inventar otra historia.

—No puedo hacerlo porque no existe otra.

—De acuerdo, señorita Landing. Usted no conocía a este hombre.

¿Para qué quería entrevistarse con él?

—Venía por cuenta de alguien. Este hombre tenía que entregarme un objeto.

—No es usted muy explícita que digamos, señorita Landing. Por ese camino creo que no podré ayudarla mucho.

—¿Ayudarme? ¿Por qué ha de ayudarme?

—Yo tampoco lo sé. Pero digamos que es porque me ha gustado usted. Me la encontré por primera vez ayer, en aquella tienda donde usted compró la estatuilla. Luego hace un rato la he vuelto a ver en el bar Americano. Tengo predilección por las morenas que llevan jerseys azules con escotes redondos. No le puedo explicar más. Eso es todo.

—¿Y cree usted que la policía mexicana va a admitir también su historia?

—¿Por qué no?

—Usted también ha podido hacerlo.

—No me diga.

—Llegó aquí antes que yo, mató a este hombre y esperó por ahí fuera. Luego, cuando yo grité, usted se presentó corriendo y se quedó pasmado como si en su vida hubiera roto un plato.

—Sabe usar la inteligencia —sonrió Nelson—. Pero no le vale. Yo salí del bar Americano después que usted. Cuando entró por la puerta de aduanas yo continué por fuera de la verja. La vigilaba a usted y vi que se dirigía hacia aquí. Entonces pensé que la esperaba un hombre y vi perdidas todas mis posibilidades. Me disponía a regresar al bar Americano para anegar mi decepción en alcohol, cuando la oí gritar. Salté la verja y vine aquí.

—Eso es lo que usted asegura, pero pudo haber saltado antes.

—¿Qué objeto tenía que haberle entregado ese hombre, señorita Landing?

—No pienso decírselo.

Nelson la miró unos instantes en silencio y luego despidióse:

—Hasta la vista, señorita Landing. He tenido mucho gusto en conocerla.

Se tocó el ala del sombrero y, dando media vuelta, empezó a retroceder para salir de la nave.

—¡Eh, señor Nelson! —Oyó que gritaba Ruth.

Se detuvo. Ella acudió a su lado.

—Al parecer se ha enfadado —agregó.

—¿Qué esperaba que hiciese? Se equivoca si cree que está tratando con uno de esos palurdos que le dicen cosas bonitas por la calle.

—No ha sido mi intención herirle.

—La verdad es que me ha dejado usted un poco confuso. Da la impresión de que todos los días se encuentra un cadáver en su camino.

—¿Por qué no se ha preguntado si mi actitud se debe a que el descubrimiento me ha puesto un poco nerviosa?

—¡Oh, usted no es de esa clase de mujeres!

—Está bien, le indicaré otro motivo. Soy enfermera.

—¿Está decidida a abrir la caja de las sorpresas? Si es así, me quedará un rato.

—¿Por qué no deja de ser impertinente?

—Da acuerdo. Vamos a portarnos los dos como dos chicos encantadores, pero creo que debe ser usted quien marque la pauta.

—Tengo muy poco que contarle. Llegué aquí hace solamente dos semanas. Un caballero llamado Lee Mac Mahon me contrató en Kansas City para que le acompañase a México. Padece frecuentemente ataques de gota y se puede permitir el lujo de una

enfermera. Me rogó que viniese aquí para retirar de un mensajero unos paquetes de tabaco. Me dijo que eran de muy buena calidad y se ahorrraba mucho dinero al comprarlo a ese contrabandista.

—Oiga, ¿qué cuento de hadas es ése? ¿Cómo iba a pasar luego por la Aduana? Allí hay una matrona que conoce muy bien su profesión. ¿O es que iba a pronunciar una palabra mágica para que la dejase el paso libre?

—Mucho más fácil que eso. Una lancha motora vendría a recogerme a mí ahí enfrente —señaló con el dedo el mar cercano—. Es raro que no haya venido ya...

—¿Y quién mató a este fulano? ¿Alguien que estaba interesado en que su patrón no fume?

—¿Cómo quiere que yo lo sepa? Pero tiene que creerme. Cuanto le he dicho es cierto.

Hubo otra pausa. Nelson se apretó las sienes con la mano derecha y luego la dejó caer contestando:

—De acuerdo, señorita Landing. Todo cuanto ha dicho es cierto. Ahora nos despediremos como dos buenos amigos y yo procuraré olvidar que usted se ha cruzado en mi camino.

—¿Que yo...? —empezó a decir Ruth—, ¡pero si usted mismo ha confesado que vino detrás de mí...!

—Y ya he sacado mis conclusiones al respecto. No volveré a seguir a una chica mona en todos los años de mi vida.

—¡No me puede dejar plantada, señor Nelson!

—Pero ¿qué quiere? ¿Acaso cree que yo puedo hacer desaparecer ese cadáver? Y aunque pudiera, no lo haría señorita Landing.

—No le pido eso, sino que me acompañe.

—¿Adónde? —preguntó Nelson, con el ceño fruncido.

—Naturalmente, a casa del señor Mac Mahon. Esto puede traer complicaciones para él y quiero que usted me sirva de testigo.

Nelson se quedó un rato perplejo. Había pretendido apartarse de la joven porque en realidad no creía una palabra de lo que ella decía, pero la diosa deseaba que fuese con él, y así las cosas parecían cambiar bastante.

En ese instante se oyó el ruido lejano de un motor y la muchacha volvió la cabeza.

—¡Ahí está la lancha!

Nelson se pasó la mano por la nuca.

¿Es que, después de todo, lo que la morena le había soltado iba a ser rigurosamente exacto?

—Venga conmigo, señor Nelson —requirió Ruth, dirigiéndose hacia el muelle—. Debemos embarcar enseguida.

La canoa trazó un semicírculo y disminuyó la marcha, acercándose a una escalera de piedra. Ruth y Nelson descendieron por ésta y subieron a la embarcación.

—Buenas noches, señorita Landing —saludó un hombre ancho de hombros y espesas cejas, que se cubría con una gorra de marino.

Ruth correspondió al saludo.

—El señor Nelson es un amigo mío, Sunday.

—¿De veras? Y, ¿dónde lo dejamos?

—Me acompañará a la casa.

Nelson captó la mirada hostil que le dedicaba Sunday, pero luego éste se volvió para ocuparse de poner en marcha la lancha. Apartándose del muelle y la embarcación puso proa hacia la salida de la bahía. Nelson sacó el paquete de cigarrillos. Ruth aceptó la invitación y ambos encendieron. Un relámpago iluminó el mar y poco después percibieron el estallido lejano de un trueno.

—Va a cambiar el tiempo —opinó ella.

—Para mí ya ha cambiado —repuso él, poniendo intención en sus palabras.

Se dio cuenta de que Sunday miraba hacia donde ellos estaban y preguntó:

—¿Quién es el tipo?

—Trabaja para Mac Mahon y hace de todo. Chófer, recadero, mayordomo... en fin, es su hombre de confianza.

—¿Por qué no vino él a recoger el tabaco?

—Alguien tenía que acudir con la lancha.

La contestación de Ruth le pareció lógica.

La motora trazó una curva dejando atrás el espigón y se dirigió hacia la playa éste, donde se levantaban las residencias de los veraneantes. Poco después llegaron a un embarcadero particular. Sunday detuvo el motor de la lancha, y Ruth y Nelson saltaron fuera.

El joven se quedó boquiabierto contemplando la casa que se levantaba sobre las rocas y a la que había que llegar por una escalera de piedra en zigzag. Algunas ventanas de la casa estaban

iluminadas.

Ruth le precedió en la subida y por fin llegaron a la terraza, con la respiración jadeante.

—¿Quiere sentarse? —invitó ella—. Yo mientras tanto iré a hablar con el señor Mac Mahon.

Nelson aceptó moviendo la cabeza y se dejó caer en un sillón de mimbre. Cerca había una mesa ratona sobre la que descansaban unos periódicos americanos. Cogió un ejemplar que resultó ser *El Abogado de Tulsa* y se entretuvo mirando los titulares de la primera página. Era un número atrasado y que correspondía a quince días atrás. No le interesó y lo dejó tomando otro. Éste era *El Clarín de Oklahoma*. No pudo ver siquiera su fecha porque en aquel momento oyó ruido de pasos; y al volver la cabeza vio que aparecían por la puerta de la terraza, Ruth y un hombre grueso, de unos cincuenta años de edad, de cabello negro, ojos azules muy brillantes y nariz aguileña. Se levantó al tiempo que Ruth hacía las presentaciones.

—Éste es el señor Nelson, señor Mac Mahon.

Cambiaron un apretón de manos y Mac Mahon sonrió diciendo:

—La señorita Landing me acaba de contar lo que ocurrió en el muelle. Todo muy lamentable.

—Desde luego que lo es —convino Nelson.

—Ya ve a lo que conduce el vicio de fumar.

—¿No pudo encontrar ese tabaco por un conducto más regular, señor Mac Mahon?

—¡Oh, no! Se trata de un tabaco especial para pipa. Yo no fumo cigarrillos, señor Nelson. Ese Andrés García era un contrabandista que me había surtido ya en diferentes ocasiones. Sunday, a quien usted ya conoce, acudía siempre a un bar a recoger la mercancía, pero ayer Andrés me telefoneó diciéndome que esta vez haría su entrega en la nave donde precisamente le han asesinado.

En aquel instante Sunday apareció en la terraza y se quedó inmóvil. Mac Mahon hizo una pausa y deteniendo la mirada de su empleado, indicó:

—Prepara unos *whiskys* con hielo, Sunday.

El aludido dirigió una impertinente mirada a Nelson y entró en la casa.

—O, perdone, señor Nelson —dijo Mac Mahon—. No le he invitado

a que se sentase.

Ocuparon los tres sillones de mimbre que había en la terraza y luego Nelson preguntó:

—¿No le explicó Andrés por qué alteraba el lugar donde debía realizar la entrega?

—No, ni yo se lo pregunté —contestó Mac Mahon, y sonrió—. Naturalmente, supuse que algo marchaba mal para él aunque, en cierto modo, estos contrabandistas se juegan a todas horas el pellejo. Luego de colgar el auricular me di cuenta de que debía haber cancelado aquel pedido.

—Siendo Andrés un contrabandista y que lo que le tenía que entregar eran unas pastillas de tabaco, ¿no le pareció extraño que eligiera un lugar tan cercano a la Aduana para encontrarse con el mensajero de usted?

Mac Mahon miró a Nelson:

—¿Está usted llevando a cabo un interrogatorio policial?

—En nuestro país fui detective privado y quizá me queden reminiscencias de aquella época, pero tenga en cuenta que yo también estoy envuelto en el lío. La policía mexicana querrá saber qué es lo que hacíamos la señorita Landing y yo cerca del lugar del crimen.

Sunday llegó con una bandeja sobre la que descansaban los *whiskys*. Empezó ofreciendo a Ruth, luego a Mac Mahon y por último a Nelson. Terminado su trabajo se retiró.

Mac Mahon bebió un trago y dijo mientras dejaba su vaso en la mesa cercana:

—Oiga, Nelson. Creo que la policía mexicana no necesita de nuestra colaboración para desentrañar ese crimen. Cuando llegó la señorita a la nave, Andrés García ya había sido asesinado, y ella no pudo ver a nadie por los alrededores. Usted estaba al otro lado de la verja y tampoco notó nada extraño.

—¿Qué sugiere, señor Mac Mahon? —preguntó el joven, pasando las yemas de los dedos por el borde de su vaso.

—Que sería absurdo el que a las molestias del calor añadiésemos otras por nuestra cuenta. Ya sabe, viajes a la ciudad, interrogatorios, encuentros con policías zafios... ¿Y eso por qué? Porque, circunstancialmente, ustedes dos fueron los primeros en descubrir un cadáver, el cadáver de un contrabandista. —Mac

Mahon hizo una pausa y luego añadió—: Y ahora contestaré a su última pregunta. Mucho después de haber terminado de hablar con Andrés, me di cuenta de ese aspecto de la cuestión que usted ha señalado: lo de la cercanía del lugar de la cita con la Aduana, pero no quise gastar demasiadas células grises en hallar una respuesta. Para mí, lo importante era ese tabaco ya que hacía dos días había terminado mis provisiones.

Sobrevino un largo silencio.

Nelson sacó el paquete de cigarrillos y ofreció al dueño de la casa y a su enfermera, pero ninguno de ellos aceptó.

El encendió despacio y luego, arrojando una bocanada de humo, asintió:

—Está bien, señor Mac Mahon. Yo no sé una palabra de ese crimen.

—Oh, es usted muy comprensivo, señor Nelson. —Mac Mahon guardó silencio y, sin apartar su mirada del rostro del joven, añadió —: Usted ha dicho que fue detective privado. ¿Ha venido a México para realizar algún trabajo, señor Nelson?

—No.

—¿Dónde ejerció usted?

—En Los Angeles —contestó Nelson, y se levantó dejando su vaso vacío junto al de su anfitrión—. Ahora tengo que marcharme.

Mac Mahon sacó un talonario del bolsillo interior de la chaqueta y cogió la pluma, poniéndose a escribir en él. Luego arrancó una hoja y enderezándose se la entregó a su visitante, diciendo:

—Aquí tiene, señor Nelson. Considérelo solamente como una pequeña compensación por la pérdida de tiempo que esto le ha ocasionado.

Nelson cogió el talón y vio que estaba extendido al portador por un total de quinientos dólares, pagaderos en el Banco Internacional.

Entonces lo devolvió a Mac Mahon, advirtiéndolo:

—No tiene que pagar nada. Después de todo, como usted ha dicho, la señorita Landing y yo no podemos servir de mucho a la policía con nuestras declaraciones.

Mac Mahon se puso un instante serio y de pronto se echó a reír.

—Está bien, no quiero insistir, pero de todas formas le quedo reconocido. ¿Por dónde prefiere volver? Sunday puede llevarlo en la canoa o bien en automóvil por la carretera.

Como si hubiera estado escuchando, Sunday apareció en la puerta

de la terraza.

Nelson se dijo que con aquel tipo no iría él ni a tomar un *whisky* y contestó:

—Iré por la carretera, pero prefiero andar. La población queda cerca.

—Como guste, señor Nelson —accedió Mac Mahon estrechándole la mano—. Venga por aquí cuando quiera.

El joven miró a Ruth y despidióse:

—Hasta la vista, señorita Landing.

Ella solamente inclinó la cabeza y Nelson abandonó la terraza siguiendo a Sunday.

Cruzaron el *hall* y llegaron ante una puerta que el empleado abrió.

Nelson se detuvo un instante en el umbral, observando:

—Le abulta demasiado la pistola, amigo. Cuando quiera, le puedo indicar un sastre que le hará una buena chaqueta con la que no asustará a sus amigos.

—¡Váyase al diablo! —masculló Sunday haciendo una mueca.

Nelson soltó una risita y salió.

Bajó por una escalinata y se encontró en un jardín con un camino para coches. La puerta de hierro estaba cerrada, pero en aquel momento se abrió. Sunday debía haber apretado un resorte desde el interior de la casa. Echó a andar y, una vez hubo traspuesto la puerta, ésta se cerró a sus espaldas.

Encendió otro cigarrillo y dio rienda suelta a sus pensamientos.

¿Por qué clase de estúpido le había tomado Mac Mahon? Todo parecía muy sencillo. Unas pastillas de tabaco especial, un contrabandista que las entrega en un bar, alteración del lugar del trueque, un asesinato... y para el señor Mac Mahon aquello no tenía la menor importancia. No podía colaborar con la policía. Era mejor dejarlo así; hacía demasiado calor para ir de un lado a otro.

¿Y Ruth Landing? ¿Qué papel le correspondía en el reparto?

Aún se hacía estas preguntas cuando llegó a su hotel. Pasó de largo ante el empleado de noche y subió la escalera hasta la segunda planta porque el edificio carecía de ascensor. Metió la llave en la cerradura de la puerta, abrió, encendió la luz y pasó al interior cerrando a sus espaldas.

Vio enseguida al hombre que el día anterior le había entregado los doscientos dólares. Estaba allí, frente a él, inmóvil, sentado en una

silla.

CAPÍTULO III

—¿Cómo está, señor Nelson? —le saludó su bienhechor levantándose—. Vine a visitarle y, como pensé que podría tardar, me permití esperarlo en su habitación.

—Llave maestra, ¿eh?

—A veces es necesario.

Nelson se quitó la chaqueta y la arrojó encima de la cama mientras decía:

—Durante las últimas veinticuatro horas he llegado a pensar que me había regalado los doscientos dólares.

—Pero a pesar de ello no se ha movido de aquí. —El huesudo dirigió una mirada a la pobre habitación que constaba de una vieja cama, un lavabo y dos sillas desvencijadas—. Con ese dinero pudo escapar de esta pocilga. Sin embargo no lo hizo.

—Le tengo cariño a todo esto —dijo Nelson abarcando con una mano la estancia—. El día en que sea millonario compraré estos trastos y me los llevaré a mi palacio.

—No, usted no es un hombre vulgar.

—Está bien, amigo, dejémoslo ya. ¿Qué es lo que quiere?

Su interlocutor se volvió, agachóse y cogió del suelo un maletín que hasta entonces Nelson no había visto.

—Quiero que me guarde esto. Sólo por una semana.

Nelson frunció el ceño mientras observaba la valija.

—¿Qué contiene? ¿Las joyas de la Corona británica?

El otro puso el maletín sobre la cama, sacó una llavecita del bolsillo del pantalón y la ajustó a la cerradura. Sonó un clic y la tapa quedó abierta. Dentro había una colección de láminas que el huesudo extrajo, quedando la maleta vacía.

—Es la colección de «La Tauromaquia» de Goya —explicó a Nelson—. Son grabados de Gustavo Doré. El artista francés rompió los moldes a petición del hombre que le encargó el trabajo, un banquero austríaco el cual quería asegurarse de que sólo él poseería la colección.

—No sabía que fuese usted coleccionista de arte. ¿Qué vale eso?

—Unos siete u ocho mil dólares. Las he metido en México sin declarar, con la intención de pasarlas a Estados Unidos. Allí las venderé por el precio que le acabo de indicar. Ya sabe lo que son las cosas. Hay alguien que está interesado en el negocio y quiero asegurarme de que nadie me las robará.

—Las puede depositar en la caja de seguridad de algún Banco. Le hubiese resultado el alquiler muy por debajo de los doscientos dólares que me dio a mí.

—Pero si alguien me quitaba la llave de esa caja yo que me quedaba sin mí colección. Me he cerciorado bien de que nadie me ha seguido hasta aquí. Usted y yo nos conocimos ayer. Nadie puede establecer una relación entre nosotros.

—Dando por bueno todo eso, ¿qué seguridad tiene en que yo no voy a emprender la huida con la valija?

—Ya le dije que es usted honrado.

—Todos lo somos hasta que un día nos levantamos con una mala idea.

—Correré ese riesgo con usted. —El extraño personaje sacó la cartera y añadió—: Por quinientos dólares más.

Nelson sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió. Cuando hubo arrojado una bocanada de humo, su visitante le tendía diez billetes de a cincuenta.

Nelson no los cogió.

—Así pues, yo tengo que permanecer aquí una semana más, caso de que acepte el trato —murmuró.

—Ni más ni menos. Dentro de ese plazo yo volveré por aquí y su compromiso quedará cancelado. Me llevaré el maletín y usted se habrá embolsado la bonita suma de mil dólares, porque entonces pienso entregarle trescientos más.

—Siempre he creído que Papá Noel solo nos visita por Navidad. Soy un tipo con suerte, ¿eh?

—Yo diría que sí.

Nelson cogió los billetes y los arrojó encima de la chaqueta.

—¿No me va a decir ahora su nombre? —inquirió.

—¿Le importa eso?

—Por todo lo que me ha dicho, no veo ningún inconveniente en que lo haga. ¿Qué temor puede sentir siendo yo un hombre que tanta confianza le inspira?

El jugador de póquer distendió los labios en una sonrisa.

—Me ha ganado la mano, Nelson. Me llamo Richard Wayne.

Hubo un silencio mientras los dos hombres se miraban y finalmente Nelson comentó:

—Richard Wayne. Suena bien.

Wayne se agachó sobre el maletín y lo cerró dando la vuelta al llavín, que volvió a guardar en su bolsillo. Luego se enderezó.

—Ya veo que no usa pistola.

—¿Le extraña? —inquirió James.

—Todos los americanos solitarios que vivimos por estos parajes tenemos una.

Wayne hizo desaparecer la mano en el interior de la chaqueta y exhibió un arma automática calibre 38.

—Es una

«Smith & Wesson»

que va como la seda.

—No la necesito. Usted ha dicho que nadie conoce la relación que existe entre nosotros. ¿O es que de pronto ha cambiado de parecer?

—Desde luego que no, pero ya sabe, uno nunca puede estar seguro...

Nelson tiró el cigarrillo al suelo y después de pisarlo con el tacón del zapato soltó una risita y dijo:

—¿Piensa que voy a disparar contra alguien por defender ese puñado de láminas valorado en siete u ocho mil dólares? Se equivoca de medio a medio, amigo. Aún está a tiempo de deshacer el trato. Paso porque el maletín se quede aquí, paso por estar en este hotelucho una semana más hasta que usted aparezca de nuevo, pero eso es todo. No levantaré un dedo por impedir que se lleven la valija. Si le gusta lo toma, y si no, lo deja.

—Está bien —sonrió Wayne guardando de nuevo la pistola—. No se enfade. Creo que tiene usted razón.

Se deslizó hacia la puerta sin hacer el menor ruido y abrió. Luego volviéndose hacia el joven añadió:

—Recuérdelo, Nelson, una semana.

—Es usted quien debe recordarlo, Wayne. De hoy en ocho días yo me largo.

—*Okay*. Hasta la vista.

Nelson quedó mirando la puerta que se acababa de cerrar.

Finalmente se puso a pasear pellizcándose el lóbulo de una oreja. Se detuvo, cogió el maletín que estaba cerrado y lo sopesó. Al cabo de unos minutos se dirigió a un pequeño armario empotrado y lo abrió. Puso el maletín en el suelo y lo empujó con el pie hacia dentro. Luego cerró. El armario no tenía llave y permaneció un rato pensativo.

Finalmente se encogió de hombros y dirigióse al lavabo donde permaneció un rato ablucionándose. Más tarde se desnudó, sacó un pijama de debajo de la almohada y se lo puso. Guardó los quinientos dólares en su chaqueta y puso ésta en el respaldo de la silla. Luego encendió otro cigarrillo y se tendió en el lecho.

Al cabo de un rato se dio cuenta de que la habitación era un horno y, levantándose de nuevo, abrió la ventana.

Coincidió ello con el instante en que un rayo se abatía sobre algún punto de la ciudad de nubes negras y empezaba a llover.

Nelson sacó una mano y le cayó una gruesa gota sobre la palma. La lluvia era caliente y babosa. Volvióse a acostar, pero aún tardó más de dos horas en conciliar el sueño.

Al día siguiente muy temprano, serían las ocho, abandonó el hotel y encaminóse al bar Americano. Estaba desayunando en la barra cuando llegó un muchacho con la prensa. Compró un diario y lo abrió ante la taza de café.

En la primera página no venía nada referente a la muerte de Andrés García. La noticia se insertaba en un apartado rincón de la tercera página. La desaparición del personajillo tenía sin cuidado, al parecer, a la comunidad local. Se decía que Andrés García era un conocido contrabandista que había cumplido más de media docena de condenas a lo largo de su vida. No había lugar a duda para la policía de que se trataba de un ajuste de cuentas. Se esperaba en un plazo breve dar caza al asesino, que indudablemente, como la víctima, debía moverse en los bajos fondos.

Eso era todo.

Dejó el diario sobre la barra y terminó su desayuno. Al mirarse en el espejo de enfrente comprobó que necesitaba un buen afeitado y una nueva indumentaria.

Sobre las once regresó al bar bastante cambiado. Le habían rasurado bien y olía a masaje. Ahora se exhibía con camisa blanca, traje veraniego marrón oscuro y corbata clara.

No, Ruth Landing tampoco se encontraba allí. Se sentó ante una mesa y durante la hora siguiente consumió tres *whiskys*. Era ya cerca de la una cuando se dijo que la enfermera no aparecería por el local, e hizo una seña al mozo que le había servido. Le abonó el importe y añadió la propina de un dólar. El empleado le dio las gracias con una sonrisa. Antes de que pudiese marchar, Nelson le preguntó:

—¿Dónde se encuentra la biblioteca pública?

—He oído decir que está al lado del Ayuntamiento. Sólo tiene que ir calle abajo hasta llegar a una gran plaza, pero perderá su tiempo. Cierran a la una y no la abren hasta las cuatro.

Nelson le dio las gracias y abandonó el establecimiento. Comió en un restaurante y luego volvió a su habitación del Papagayo. Después de comprobar que el maletín de que era depositario se encontraba en el mismo lugar en donde él lo había dejado, se echó sobre la cama y durmió cuatro horas. Eran ya las seis cuando se dirigió a la biblioteca pública. Ésta se hallaba ubicada en un edificio construido hacía más de cien años, de paredes descascarilladas y feo aspecto. Subió por una escalera que olía a humedad. Se internó en una sala en la que se sentaba un anciano en mangas de camisa.

—Buenas tardes, amigo —le saludó.

El encargado separó la mirada del grueso tomo que tenía ante sí para depositarla en el rostro de su visitante.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué puedo serle útil?

—¿Tiene a mano una biografía de Goya? Ya sabe, el pintor español.

—¡Oh, sí, claro que sí! Tenemos dos o tres.

—Pues deme la más documentada.

El viejo se levantó y con paso lento dirigióse a una de las enormes estanterías que ocupaban las paredes. Debía prestar sus servicios en aquel lugar desde hacía mucho tiempo porque acertó a la primera.

Nelson se adelantó hacia él para cogerle el libro.

—Puede elegir sitio, señor. Como ve, en este pueblo nadie se ocupa de leer. Los cines y los salones de baile están mucho más concurridos.

Nelson permaneció en la biblioteca hasta las siete y luego se dirigió una vez más al bar Americano. Sufrió una gran desilusión al ver que Ruth tampoco se hallaba presente. Se acercó de mal humor a la barra y pidió un

coca-cola.

Empezó a beber a pequeñas dosis y de pronto se le ocurrió una idea. Entró en la cabina telefónica y buscó en la guía el número de Mac Mahon. Después de discar oyó el zumbido a la otra parte y al cabo de unos instantes cogieron el micro.

—Residencia del señor Mac Mahon. ¿Quién llama?

—¿Es usted, Sunday?

—Sí, ¿qué pasa?

—Deseo hablar con la señorita Landing.

Hubo una pausa y luego Sunday repuso:

—Eso no puede ser.

—¿Por qué, compañero?

—La señorita Landing está ausente. Quizá tenga más suerte otra vez

—inmediatamente colgó.

Nelson dejó el auricular con rabia y volvió ante su puesto en el bar. Sabía que Sunday no sentía ninguna simpatía por él, pero se daba el caso de que a él tampoco le agradaba Sunday, ni la forma en que miraba a Ruth en la barca, devorándola con los ojos.

De pronto oyó una voz femenina a su espalda que decía:

—¡Me has engañado miserablemente trayéndome aquí, Philip!

Volvió la cabeza y vio que una dama de cabello negro, rostro sensitivo y cuerpo de señaladas curvas, estaba de pie ante una mesa asaeteando al tipo que tenía delante. Éste frisaba en los treinta años de edad y parecía un galán de Hollywood.

—Vamos, nena —contestó el guapo—. No hace falta que te pongas así. ¿Es que vas a armar un escándalo por tan poca cosa?

—¿Poca cosa? —chilló otra vez ella—. ¡Es lo que te parece a ti, pero conmigo has terminado!

La bella cogió el bolso que tenía sobre la mesa disponiéndose a alejarse de su acompañante, pero éste de pronto se levantó y la aferró por la muñeca.

—Despacio, muñeca. Con Philip Román no se juega.

—¡Suéltame, Philip! ¡Me haces daño!

—Calma los nervios y vuelve a tu silla —exigió él con voz ronca.

—¡No haré nada de eso! Después de todo, no te costará mucho trabajo conseguir que una chica se muera por tus pedazos.

—¡Siéntate te digo!

Nelson vio que la joven hacía un gesto de dolor porque el hombre

que la sujetaba aumentaba la presión de su mano. Dejó el vaso de coca-cola,

saltó del taburete y dirigióse hacia ellos.

—¿Es que no lo ha oído, señor Román? —advirtió por detrás de él —. Ella no quiere saber nada de usted.

Román volvió la cabeza como si hubiese sentido el picotazo de un escorpión. Midió de pies a cabeza a Nelson y le espetó:

—¿Quién le ha llamado, cabeza de bacalao?

Nelson chasqueó la lengua.

—Eso no está bien, señor Román. Da la impresión de que es usted quien tiene los nervios rotos.

—¡Estupendo! —rezongó el otro soltando su presa—. ¿Y sabe lo que yo hago cuando eso ocurre?

—*Es* capaz de comerse a un niño crudo.

—Peor que eso. Le sacudo fuerte al tipo que tengo más cerca.

Y acompañando las palabras con la acción, Román echó el brazo hacia atrás, pero Nelson estaba atento a sus movimientos y le disparó el puño contra el estómago. Román dio un aullido y se dobló, con lo que quedó en magnífica situación para que su antagonista acabase la faena colocándole un terrible trallazo en la mandíbula. Román salió expedido a gran velocidad, pero en su camino tropezó con uno de los extremos del mostrador y se vino abajo.

CAPÍTULO IV

La joven que había sido la causa de la pelea se llevó las manos a la cara lanzando un grito y Nelson se volvió hacia ella.

—¿Lo siente, señorita? —le preguntó.

—¡Oh, no! Sólo que hasta ahora jamás había visto que le pegasen a Philip. Siempre ha llevado él la voz cantante.

—Bueno. Quizá haya sido porque hasta ahora sólo peleó con pesos moscas. Yo soy de más categoría.

Philip se incorporó ayudado por un camarero y clavó sus ojos furibundos en Nelson. Echó a andar hacia él con paso resuelto como si fuese a reanudar la pelea pero de pronto se detuvo, miró a la mesa y barbotó tras soltar un escupitajo de sangre en el suelo:

—Cuando te encuentres sin plata acudirás a mí, Natalie. Sé esperar. Ya conoces mi hotel. —Luego dirigió otra aviesa mirada a Nelson y se encaminó hacia la salida del local.

Natalie dio un suspiro y dijo:

—Bien. Esto es el final.

Se dejó caer en una silla y Nelson ocupó la de enfrente.

—¿A qué final se refiere, señorita...?

—Natalie Miller.

—Mi nombre es James Nelson.

—Encantada, señor Nelson. —Hizo una pausa y añadió—: Philip y yo vinimos contratados desde San Francisco para actuar en un club nocturno de México, capital. El es un buen director de orquesta y respecto a mí dicen que no canto mal. Todo fue bien durante las dos primeras semanas, pero luego Philip puso sus ojos en mí.

—¿Entonces, no se conocían en San Francisco?

—No. Estas cosas son así. Damos nuestros nombres a una agencia teatral y ésta de pronto llama y dice: Nos han solicitado una pianista y un saxofón desde Caracas, ¿les interesa?. Ése fue el caso de Román y el mío. Pidieron de un club nocturno de México un director de orquesta moderna y una cantante y a ambos nos pareció bien lo que íbamos a cobrar.

—¿Y qué pasó en la capital?

—Anteayer, Philip me dijo que había sostenido una conferencia telefónica con un alto jefe de la televisión mexicana que se encontraba aquí pasando unos días. Deseaba vemos a ambos para ultimar un contrato. Ya se puede figurar usted lo que es eso. Dinero seguro en grande y una maravillosa publicidad para dar el salto a Estados Unidos. Ayer me puse en camino con Philip y resultó que cuando llegamos aquí, me descubrió el pastel. No había tal productor de la televisión. Deseaba estar a solas conmigo, yo era su chica, la mujer con quien siempre había soñado. —Natalie hizo un gesto compungido—. Así es que ahora me llene en el dique seco.

—¿No puede regresar a México para seguir su actuación en el club nocturno?

—Román sabía bien lo que hacía. Rescindió el contrato antes de salir de allí. Así tenía todos los triunfos en la mano.

Nelson hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Comprendo. ¿Y qué se le ocurre para salir del apuro?

—Nunca había estado aquí, pero según tengo entendido es una playa de moda. Quizá pueda encontrar trabajo.

—Es posible que lo consiga, pero no le puedo servir de mucha ayuda. Jamás he puesto el pie en la media docena de locales a los que acude la gente con pasta.

—Ya hizo usted bastante con vapulear a Philip —sonrió ella.

—Pero puedo hacer un poco más si se encuentra sin blanca... —Mirándola con fijeza concluyó—: Desinteresadamente, como es lógico.

—Gracias, señor Nelson; creo que me podré mantener a flote por mis propios medios durante tres o cuatro días.

—Como quiera, pero si fracasa en su intento para encontrar trabajo, recuerde que la espero en el Papagayo.

—¿El Papagayo? Es un nombre gracioso.

—Abandonaré este lugar dentro de unos días y pensé que no valía la pena cambiar de sitio.

—Yo me hospedo en el Regente.

Nelson encanató los labios y lanzó un silbido.

—No crea que lo pago yo —se apresuró a explicar la joven—. Philip alquiló dos departamentos durante una semana haciendo el pago adelantado. Fue uno de los detalles de su puesta en escena. Es de esa clase de tipos que creen conquistar a una mujer a fuerza de

halagos. Naturalmente pasaré lo que resta de semana en el hotel. Al fin y al cabo, Philip me ha ocasionado un gran perjuicio y el que me pague el hotel solo lo considero como una pequeña indemnización de lo que me debe.

—¿Espera cobrar el resto?

—¡Oh, no, de ninguna forma!

Nelson hizo una señal a un mozo para que se acercase, al tiempo que preguntaba:

—¿Qué va a tomar usted, señorita Miller?

—Un daiquirí me hará bien.

Nelson pidió el daiquirí para Natalie y un *whisky* para él.

—¿Y qué hace usted en un país extranjero? —inquirió ella—. No me diga que también es de la profesión.

—Mi única actuación musical tuvo lugar cuando yo contaba once años de edad. Mi maestra, una joven de la que yo estaba rendidamente enamorado, me incluyó en el orfeón escolar, pero desentoné tanto en aquella oportunidad que no me concedió otra.

Natalie rió mientras el mozo dejaba las bebidas sobre la mesa.

—¿Entonces, señor Nelson...?

—Me encuentro aquí por cuestión de negocios.

Nelson cogió el *whisky* y después de echar un trago recorrió con la mirada la barra del bar. Al parecer Ruth Landing no pensaba ir por allí aquel día.

Natalie dio un suspiro.

—Hace un calor horrible. No sé cómo hay gente con dinero que viene a gastárselo aquí. Deben existir otros lugares con mejor clima.

—No lo crea —contestó él—. Normalmente sopla la brisa del mar, pero usted ha tenido mala suerte. Llevamos tres días así porque se acerca un huracán. Una vez estalle, la atmósfera quedará descargada y todo irá bien.

—Dios le oiga, aunque yo para entonces posiblemente me encontraré lejos. ¿Tiene algo que hacer, señor Nelson?

—Poca cosa. ¿Por qué?

—Estaba pensando que me podría invitar a tomar un baño. Llevo mi «dos piezas» en el bolso.

Nelson se mantuvo pensativo unos instantes y de pronto, al ocurrírsele una idea, asintió:

—De acuerdo, señorita Miller.

—Está bien, pero ¿qué le parece si apeamos el tratamiento, Jimmy?
Él sonrió.

—No ha habido nadie que me llame así desde hace mucho tiempo, Natalie.

—Ya veo que es usted muy serio.

Media hora más tarde Nelson se encontraba de pie sobre la arena de la playa cubierto con un sucinto *slip* esperando que apareciese Natalie. Había alquilado dos casetas individuales y como era lógico él terminó de desvestirse mucho antes que ella. Tenía la mirada fija en el lugar de la costa donde se levantaban las residencias de los millonarios. En una de éstas, la de Mac Mahon, se encontraba la mujer de sus sueños, Ruth Landing.

De pronto oyó a sus espaldas la voz de Natalie:

—Cuando usted quiera, Jimmy.

Volvióse y quedó asombrado contemplándola. A la joven le sentaba a las mil maravillas el «dos piezas». Su figura era deliciosa aunque desde luego no poseía la belleza provocadora, excitante, de Ruth.

—¿Y bien? —dijo ella interrumpiendo sus pensamientos.

—Perdone. Me estoy comportando como un labriego.

—Eso me halaga mucho —sonrió ella y miró al mar preguntando—: ¿Nada usted?

—Un poco —mintió Nelson porque había sido recordman de las tres millas cierta vez en Nueva Orleans.

—Allí a lo lejos veo una balsa, Jimmy. Le desafío a una carrera. Mis amigos de hace unos años decían que yo he debido ser pez en otros tiempos.

Jimmy buscó con la mirada la balsa a que se refería y consideró que Natalie parecía ponerle bien las cosas.

—De acuerdo —asintió—. Vamos allá.

Corrieron por la arena y poco después se arrojaban al agua. Natalie se sumergió y al reaparecer gritó alborozada como una chiquilla. Inmediatamente empezó a bracear.

Nelson dejó que le tomase delantera. Al cabo de un rato la distancia entre ambos había aumentado mucho. Natalie se detuvo un instante y volvió la cabeza.

—Eh, Jimmy, ¿qué es lo que le pasa?

—Es mi forma de actuar —contestó él—. Dejaré que se agote y luego la rebasaré.

Natalie rió cantarínamente y siguió avanzando. Entonces él vio llegado su momento y, desviándose hacia la derecha, comenzó a bracear con ímpetu. De vez en cuando se sumergía y nadaba por debajo del agua.

Cuando al cabo de unos minutos dirigió la mirada atrás, hacia donde debía encontrarse la joven, vio sólo el puntito que correspondía a su cabeza. Prosiguió el avance dosificando sus energías y unos cinco minutos más tarde se apoyaba en el embarcadero de la residencia de Mac Mahon. Se cogió a las maderas y descansó respirando profundamente.

Las luces de la terraza estaban encendidas y vio enseguida a Ruth Landing sentada en uno de los sillones. No había nadie con ella y la joven leía algo que tenía entre las manos. Nelson sonrió pensando en la sorpresa que le iba a dar y subió arriba cuidando de no hacer ruido. Luego comenzó a ascender por la escalinata de piedra. Sólo le faltaba un tramo cuando de pronto oyó pasos y se detuvo pegándose a la pared. Asomó la cabeza y descubrió que quien acababa de aparecer en la terraza era Sunday.

Ruth continuaba leyendo como si no hubiese advertido la presencia de aquél.

Ella se cubría con una blusa verde de escote triangular y unos *shorts* que hacían patente la belleza de sus piernas.

Sunday puso una mano sobre el hombro femenino, y de pronto Ruth soltó el periódico y se desasió.

—¡Quítame la zarpa de encima, Sunday!

El hombre retrocedió un paso y se la quedó mirando.

—¿Qué le pasa, Ruth?

—¿Y todavía lo preguntas? —exclamó ella con voz irritada.

—No tengo la culpa de que saliera mal.

—Lo que te pasa es que eres un inútil. No tienes más que tipo, pero tu cerebro está vacío.

—No me diga eso, señorita Landing —barbotó Sunday.

—Es la única forma de que lo comprendas. ¿Es que no te has dado cuenta? Ha habido alguien más listo que tú y se te ha adelantado.

—¿Quién?

—Eso es lo que quisiera saber también.

—Mis proyectos eran buenos, señorita Landing. Usted y yo nos largábamos en la lancha motora y dejábamos al jefe con un palmo

de narices. Había pagado quinientos dólares adelantados al tipo del avión que nos tenía que llevar a Sudamérica.

—Deja de soñar. La realidad es que estamos aquí todavía.

Sunday se pasó una mano por el cabello y luego dijo:

—Está claro que ha tenido que ser uno de los nuestros.

—¿Quién?

—Sospecho de David y de Billy. Siempre les he creído capaces de matar a su propio hermano por un billete de los medianos.

—¿Y por qué no el propio Mac Mahon?

—¿El patrón?

—¿Por qué no? Sería el mejor golpe, después de todo. ¿No es él quien ha tenido más oportunidades que ninguno?

—No lo puedo creer. El jefe siempre ha sido un hombre de palabra —ponderó Sunday—. Ha cumplido como los buenos.

—Pero esta vez la tentación ha podido ser más fuerte. ¿No lo ibas a hacer tú, su hombre de confianza?

—Usted sabe que me daba asco traicionar al patrón. Lo haría por usted. Por las promesas que me hizo. ¿Es que no se acuerda de aquella noche en el pabellón?

—Claro que me acuerdo, pero ahora me has demostrado que eres un perfecto idiota.

Sunday rugió con ferocidad y cogiendo a la joven por los brazos la levantó del sillón como una pluma.

—¡Ya le he advertido que no me insulte!

Ella le miró con ojos brillantes y echó la cabeza hacia atrás soltando una carcajada.

—¿Por qué se ríe? —preguntó Sunday.

—Me río de ti, muchacho. De la cara que pondrás cuando sepa el patrón que me propusiste engañarlo.

—¡Todo fue idea suya!

—Pero ahora me conviene decir que tú estabas loco por mí y querías largarte conmigo llevándote el dinero.

—¿Por qué va a hacer una cosa así?

—Porque después de todo pienso que tú tuviste la oportunidad de liquidar a Andrés. A lo mejor hay otra mujer.

—¿Otra mujer? Estoy loco por usted y lo sabe perfectamente. Si yo hubiese hecho eso, los dos estaríamos muy lejos de aquí.

Ruth lo miró fijamente a los ojos y tras una prolongada pausa dijo:

—Ahora estoy segura.

—¿Qué quiere decir?

—Tenía mis dudas y quería disiparlas.

—¿Entonces?

—Tú no mataste a ese contrabandista, Sunday. Ha sido cualquiera de los otros. —Y luego su voz adquirió un tono violento—: ¡Pero no conseguirá salirse con la suya quienquiera que sea! Entre tú y yo acabaremos con él, ¿verdad?

Sunday se humedeció los labios con la lengua.

—Sí, señorita Landing.

—De aquí a mañana sabré quién es el traidor y entonces tú...

—¡Lo mataré como a un perro!

—¿Lo harás por mí?

—Por usted, Ruth.

Se quedaron inmóviles y de pronto él la atrajo hacia sí violentamente y la besó en los labios. Ella alzó una mano y le acarició la nuca.

Nelson sintió que el corazón le saltaba hecho pedazos. Dejó de mirar la escena y se apoyó en la pared inclinando la barbilla sobre el pecho. Luego oyó que ellos se retiraban de la terraza penetrando en la casa.

Bajó por la escalinata como un borracho, dando traspiés, y de pronto se volvió y estrelló el puño contra el muro. El dolor le hizo reaccionar. Se mantuvo un rato quieto y luego, definitivamente, bajó al embarcadero y se arrojó al agua.

Invirtió mucho menos tiempo ahora en el viaje de regreso a la playa porque braceaba sin detenerse, furioso, como si otra vez protagonizara aquella competición de su juventud en la que fue el primero.

Salió a la arena chorreando agua y dirigióse a la caseta.

—¡Jimmy! —Oyó de pronto la voz de Natalie.

Volvió la cabeza y la vio venir corriendo por la orilla. Cuando llegó ante él jadeando, la joven dijo:

—Me dirigía a avisar al servicio de salvamento. ¡Santo cielo! Creí que se había ahogado.

Nelson mintió nuevamente:

—Calculé que no llegaría porque estaba un poco mareado y me di la vuelta hacia la otra balsa, que estaba más cerca. Creo que me quedé

dormido en ella.

—Oh, menos mal. Pero debió advertirme. Me ha dado un susto terrible.

La miró a los ojos y la vio realmente excitada.

—¿Qué le parece si nos vamos ahora?

—De acuerdo.

Se dirigieron a sus respectivos apartamentos. Cuando él salió, ya vestido, fumó un cigarrillo esperando que ella apareciese.

—Tengo un apetito feroz —manifestó la cantante.

Pero Nelson no estaba para cenar al compás de una dulce música y repuso:

—Lo siento, Natalie, pero contraje un compromiso.

—No se preocupe. Ya me invitará otra vez.

Echaron a andar hacia la ciudad y de pronto ella preguntó:

—¿Es bonita, Jimmy?

—¿Quién?

—La joven del compromiso.

Jimmy pensó entonces en Ruth y contestó:

—Sí, creo que sí. Es muy hermosa.

—¿Su novia?

—No —y tras un silencio añadió—: No puede serlo. Pertenece ya a otro hombre.

—Lo siento.

No volvieron a romper el silencio hasta llegar al Regente, el hotel en que se hospedaba la joven.

—Muy bien, Jimmy. Palabra que mi encuentro con usted es lo único bueno que me ha ocurrido en México. Si está aburrido mañana, no olvide telefonearme.

—Quizá lo haga.

Nelson estrechó la mano que le tendía Natalie y dando media vuelta se alejó.

Minutos más tarde entraba en el Papagayo y subía a su apartamento.

Una vez en éste, se despojó de la chaqueta y empezó a fumar mientras paseaba por la habitación. Finalmente se detuvo mirando el armario en que guardaba el maletín de Richard Wayne. Se dirigió resueltamente hacia allí y extrajo la valija poniéndola sobre la cama.

Sacó una navaja e invirtió dos minutos en hacer saltar la cerradura. Luego abrió la tapa y volcó su contenido. Cogió una de las láminas de «La Tauromaquia» de Goya y la observó durante un rato, dejándola por fin junto a las demás. A continuación tomó el maletín con las dos manos y examinó el fondo apretando a un lado y otro y calculando su espesor. Entonces usó de nuevo la navaja e hizo saltar la tapa de abajo. No le sorprendió ver que existía un doble fondo, pero sí se asombró al descubrir que allí sólo había unos fajos de pequeños recortes de periódico, rectangulares. Cogió uno de los papeles, sacóse un billete del bolsillo y comparó su tamaño. Coincidían perfectamente.

Colocó otra vez la tapa en su sitio, metió las láminas y cerró el maletín, devolviéndolo al armario. Más tarde se tendió sobre el lecho y encendió un cigarrillo observando cómo ascendía el humo hasta el techo. Le habían ocurrido cosas muy extrañas a lo largo de su vida, pero ésta se llevaba la palma.

Y pensando en el contrabandista muerto, en la excitante Ruth Landing, en Sunday, en Richard Wayne, en Mac Mahon y en Natalie, se durmió plácidamente.

CAPÍTULO V

Al día siguiente, después de tomar una ducha y afeitarse, se dirigió al bar Americano y pidió un desayuno. Mientras lo servían se metió en la cabina telefónica y pidió una conferencia con la redacción de *La Voz del Pueblo*, de Los Angeles. Cuando le hablaron al otro lado de la línea solicitó hablar con el redactor jefe Bill Randon.

Reconoció enseguida la voz ronca de Bill.

—¿Quién llama desde México?

—Soy yo, viejo lobo, Jimmy Nelson.

Hubo una larga pausa y él joven comprendió que Bill debía de haberse quedado perplejo.

—¿Nelson? ¿Es posible, cabezota? Creí que te habías soltado un tiro después de aquello.

—No pude hacerlo, viejo. Tuve que empeñar la pistola para poder seguir comiendo.

—Y ahora quieres pegarme un sablazo. Lo siento compañero, pero estoy mal de fondos.

—¡Cállate! ¿Quién te pide plata? Quiero que me hagas un favor, Bill. Te será muy fácil. Tú sabes que salí de nuestro país hace tres meses. Sólo quiero que me des cuenta de algún hecho importante que haya ocurrido en el estado de Oklahoma en el transcurso de las ocho últimas semanas.

—¿Estás bien de la cabeza, muchacho? Dicen que el sol de México recalienta los cerebros.

—Hablo en serio, viejo, y es importante.

—Está bien. Haré trabajar fuerte a un par de muchachos. Dime tu número y te llamaré dentro de un rato. Así te ahorraré unos dólares. Jimmy le dio el número del bar y colgó. Volvió a la barra y empleó los treinta minutos siguientes en desayunar. Estaba encendiendo un cigarrillo cuando una voz le preguntó:

—¿Cómo está, señor Nelson?

Miró en el espejo y vio reflejada en él a Ruth Landing.

La chica sabía sacar partido de su palmito. Ahora el *sweater* era blanco y revelaba sus formas. Se volvió hacia ella poniéndose de pie

y le sonrió.

—Merodeé ayer todo el día por aquí esperando que se dejase caer.

—¿Pretende adularme? —sonrió ella al tiempo que se sentaba.

—¿Qué va a tomar?

—Un martini. Desayuné muy temprano en casa del señor Mac Mahon.

Nelson se sentó también y, después de pedir el martini, comentó con voz carente de emoción:

—Por cierto, que el señor Mac Mahon debe de estar satisfecho por el giro que la policía ha dado al asunto de ese contrabandista.

Ella lo miró con un punto de curiosidad en los ojos.

—No le preocupa mucho ni poco. ¿O es que no creyó en sus palabras?

—Claro que sí. —Jimmy hizo una pausa y preguntó—: ¿Y Sunday?

—¿Sunday? —repuso ella.

—Sí, ya sabe, aquel tipo que nos llevó en la lancha. Creo que no le caí simpático y es algo que me ha quitado el sueño.

—No me trato apenas con los empleados del señor Mac Mahon.

Nelson la miró fijamente dándose cuenta de que ella mentía con tanta naturalidad como si fuese una actriz profesional. Si no la hubiese visto con sus propios ojos en brazos de Sunday, estaría dispuesto a jurar que ella era la chica más ingenua del mundo. En aquellos momentos un mozo voceó:

—Llaman al señor Nelson desde Los Angeles.

Jimmy frunció el ceño como haciéndose de nuevas.

—¿Quién será? —murmuró y saltó del taburete excusándose.

Una vez dentro de la cabina, pegado al auricular anunció:

—Está bien, Bill, adelante.

—Oye, muchacho. Esto es un rompecabezas. Mis chicos han encontrado medio centenar de cosas raras que han ocurrido en Oklahoma en el transcurso de ocho semanas. Elige la que quieras. Un hombre mordió a un perro en cierta localidad de dos mil habitantes. Naturalmente el hombre estaba rabioso. Otra: Una tal señora Smith resultó que era casada con cuatro maridos. Cada uno de ellos ignoraba la existencia de los otros tres. Ella pasaba diez días en cada hogar.

—¡Vete al diablo, Bill, y empieza a hablar en serio!

Randon continuó con el mismo sonsonete:

—Un avión con treinta pasajeros saltó hecho pedazos en el aire después de despegar del aeródromo de Oklahoma City. Otra: Cuatro enmascarados se metieron en un Banco de Tulsa y se llevaron doscientos mil dólares.

—¡Párate, Bill! Detállame eso.

—¿Te duele ahí, muchacho?

—¡Suéltalo rápidamente o te juro que le cuento a tu mujer lo que pasó aquella vez que estuvimos juntos en Chicago!

—Corriente, muchacho. Los cuatro enmascarados no invirtieron más de tres minutos en ordenar los doscientos de los grandes. Habían contado con todos los detalles. Fue un golpe maestro.

—¿Cuándo ocurrió?

—El quince de mayo, exactamente hace veintitrés días.

—¿Qué resultó de la investigación?

—Nada de nada. Los tipos desaparecieron como si hubiesen sido tragados por la tierra. Se dijo al principio que existían dos o tres pistas aunque como es natural no se dio cuenta de ello al público... pero lo cierto es que ha pasado ya demasiado tiempo y no han podido echar mano a ninguno de los autores del asalto. —Bill hizo una pausa y preguntó—: ¿De qué se trata, Jimmy?

—Ha resultado un palo de ciego. No me sirve.

—¡Y un cuerno! Te conozco demasiado y sé por el tono de tu voz que el asunto te tiene interesado. ¡Vamos, Jimmy, desembucha!

—En serio, Bill, te aseguro que por ahora no hay nada.

—¿Quieres que te envíe a alguien?

—Espera mi aviso. Te prometo que, si ocurre algo, serás el primero en saberlo. Gracias por los informes, Bill, y da muchos recuerdos a Sara.

Inmediatamente Nelson colgó el auricular y salió de la cabina. Ruth Landing estaba perfilándose los labios con un espejito en la mano cuando él llegó a su lado.

—¿Buenas noticias, señor Nelson?

—Ciertamente. Un hermano de mi padre ha muerto dejándome más de cien mil dólares.

Ella interrumpió su trabajo y lo miró con el rostro inexpresivo.

—Cien mil dólares es un buen bocado.

—Si, se pueden hacer muchas cosas por esa cantidad —sonrió él—. Yo al menos las haría.

Se miraron fijamente y luego ella volvió a su ocupación.

Jimmy encendió un cigarrillo. Ruth guardó el perfilador y el espejo dentro del bolso y se volvió hacia él.

—Ha debido cobrar ya algo a cuenta de la herencia, ¿verdad, señor Nelson?

—¿Por qué lo dice?

—Antes de pasar por aquí he estado en la casa de compraventa donde nos vimos por primera vez.

—¡Oh, sí! ¿Qué compró esta vez?

—Nada. Solamente fui por hablar con el dueño, sobre usted, naturalmente.

—¿Cuándo ha empezado a sentir ese súbito interés por mí, señorita Landing?

Ella abanicó las pestañas.

—Yo soy una mujer y usted un hombre, ¿no es así?

—¿Y fue a pedir referencias a ese mercader sobre mí? Yo podría haber disipado sus dudas a ese respecto.

Ruth hizo un femenino mohín y replicó:

—Quizá le permita una demostración cuando deje usted de ser enigmático.

Ahora Nelson sabía con quien tenía que vérselas y se dijo que debía revestir su pecho de una coraza. Ruth era de las mujeres a las que no les importaba nada con tal de conseguir su deseo.

—¿Qué clase de enigma encierro para usted? —preguntó.

—Anteayer empuñó su pistola en aquella casa, lo cual indica lo grave que había llegado a ser su situación económica. Sólo recibió de Gómez doscientos pesos y hoy lo veo a usted completamente cambiado.

—Es usted muy observadora, pero le diré lo que ocurrió después que me largué de casa de este usurero con los doscientos pesos. Sólo se ha inventado un medio para multiplicar el dinero legal y rápidamente, aun cuando en el experimento puede ocurrir que uno se quede sin un centavo. Me estoy refiriendo al juego, señorita Landing.

—Su charla resulta altamente instructiva.

—Me metí en una partida de póquer y cuando llegué a mi apartamento durante la madrugada tenía los bolsillos repletos de billetes. Dicen que el dinero llama al dinero y ya ve que esta vez no

ha fallado, puesto que ahora me acaban de anunciar lo de la herencia.

—Es usted un hombre apetecible para cualquier mujer.

—Sólo me interesa una. Usted, Ruth.

Hubo un silencio.

—¿No me pregunta si estoy comprometida?

—¿Y bien?

—No, no lo estoy, pero mis obligaciones con el señor Mac Mahon me dejan muy poco tiempo libre.

—Yo soy amigo de Mac Mahon. ¿No lo recuerda? Aquella terraza de su casa parece construida especialmente para hacerse el amor. ¿No cree que usted y yo allí formaríamos una gran pareja?

Ella mostró en una sonrisa sus dientes blancos como la leche, y comentó:

—Camina usted aprisa, forastero.

—Soy enemigo de los aperitivos cuando en el menú figura un plato fuerte.

Ella le quitó el cigarrillo de los dedos y le dio una larga chupada. Después de arrojar el humo, asintió:

—De acuerdo, Nelson. Vaya esta noche por allí. Recordaré al señor Mac Mahon que está en deuda con usted.

—No faltaré a la cena. Pero ¿y después?

—El señor Mac Mahon se retira muy pronto a la cama y en la terraza no habrá nadie.

Ella le puso el cigarrillo en los labios y descendió del taburete con movimientos felinos.

—Hasta luego, señor Nelson.

Jimmy hizo una inclinación de cabeza y la siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta.

De repente dijo una voz cerca de él:

—Tenía usted razón.

Se volvió y vio ante sí a Natalie, la cual prosiguió:

—Es de esa clase que ustedes, los hombres, llaman «pura dinamita».

—Se está calificando a sí misma porque usted no tiene nada que envidiarle a ella.

—Es una galantería que no dejaré de hacer constar en mi diario.

—Usted no es ninguna chica cursi, Natalie. No lleva ningún diario.

—Parece que conoce muy bien a las personas.

—En otro tiempo me ganaba la vida merced a ello, pero eso ya queda un poco atrás.

En aquel instante Nelson, que estaba de cara al ventanal que daba a la calle, vio pasar por la acera a Richard Wayne. Podía dirigirse al Papagayo ya que aquélla era la dirección que llevaba.

—Perdóneme Natalie —se disculpó—, pero acabo de ver a un amigo con él que hace tiempo quiero hablar.

—No se preocupe por mí, vaya.

Nelson dejó sobre el mostrador varios billetes, suficientes para pagar las consumiciones y su conferencia con Los Angeles, y salió rápidamente.

Wayne le había sacado una buena delantera porque estaba fuera de su vista.

Subió la escalera del Papagayo de dos en dos y cuando llegó a la segunda planta vio que Wayne se disponía a abrir de nuevo con la llave maestra.

—No es necesario que lo haga, amigo —le advirtió mientras se acercaba.

Wayne se apartó con una sonrisa replicando:

—Celebro que esté aquí. Así nos despediremos.

—¿Despedirnos dice? —murmuró Nelson—. Creo que ayer dijo que aguantaría aquí una semana.

—He cambiado mis planes. Acabo de recibir un telegrama de mi hermana Eduvigis. Se encuentra grave y he de acudir a su lado.

Wayne se dirigió al armario donde estaba el maletín mientras Nelson se sentaba en el borde de la cama.

Wayne abrió el armario y al coger el maletín por el asa, la tapa se abrió, desparramándose por el suelo las láminas que contenía.

Se quedó inmóvil y Nelson observó cómo su rostro se tornaba poco a poco pálido.

—¿Por qué lo ha abierto, Nelson? —preguntó con aspereza.

—Ayer tuve que salir de mi habitación y cuando regresé quise asegurarme de que su valiosa mercancía continuaba en el mismo sitio.

Wayne miró con fijeza el rostro de Nelson y finalmente se agachó recogiendo las láminas.

Nelson declaró con voz ausente:

—Estuve en la biblioteca pública de la localidad y me enteré de

unas cuantas cosas.

Wayne se incorporó.

—No me interesan, Nelson —repuso mientras colocaba las láminas en el maletín.

—Gustavo Doré nunca hizo los grabados de «La Tauromaquia» de Goya. De haber sido así, esa colección que usted tiene en la mano no valdría siete mil dólares como dijo, sino cuatro veces más.

—¿De veras?

—Lo que tiene usted en ese maletín es basura. Esas mismas láminas se pueden comprar en cualquier librería a un dólar la docena.

—Hizo de detective, ¿eh?

—Nunca me ha gustado que me tomen el pelo.

Ahora Wayne abrió completamente el maletín y arrojó su contenido al suelo. Inmediatamente exhibió una navaja y, aplicando la punta en el fondo, hizo saltar la tapa dejando al descubierto los papeles de periódicos cortados rectangularmente.

Wayne miró con ojos asombrados aquellos recortes sin valor alguno e hizo una mueca. De pronto arrojó el maletín, metióse la mano en la sobaquera y sacó un revólver.

—Un tipo vivo, ¿eh, Nelson? —barbotó con las pupilas brillantes.

—Tenga cuidado. A veces esos chismes se disparan. Sobre todo cuando el que lo maneja ha sufrido una gran decepción y tiene los nervios rotos.

—¿Dónde ha escondido la pasta? ¡Conteste pronto, bastardo!

—Yo en su lugar no lo tomaría de esa forma.

—¡Maldita sea! ¿Es que quiere que le haga un agujero en la barriga?

—No se haga el valiente y use un poco el cerebro. ¿Cree que si hubiese sido yo, habría venido tras de usted desde el bar Americano para estar presente en su descubrimiento?

Wayne se quedó un rato pensativo y luego opinó:

—Al fin y al cabo, sería la mejor de sus coartadas.

—Con lo cual correría un evidente riesgo, a pesar de todo. Yo conozco una mejor. De haber cogido la pasta a que usted se refiere, habría tenido tiempo suficiente, desde que usted se marchó ayer de aquí, para llegar a Buenos Aires.

Wayne se mojó otra vez los labios con la lengua y pasóse la mano libre por la mejilla.

—¡No puede ser, Nelson!

—Claro que puede ser. Esos papeles estaban ya en el maletín cuando usted me lo trajo.

De pronto Wayne entrecerró los ojos.

—¿Qué sabe usted del asunto?

—No mucho, ya que usted no me ha explicado nada. Pero teniendo en cuenta su interés por el maletín y esos papeles que había en el compartimiento secreto, deduje que éste debía contener billetes crujientes de la Tesorería de Estados Unidos, hasta que alguien dio el cambiazó.

Sobrevino un silencio y luego Wayne decretó levantando unas pulgadas la pistola:

—De todas formas, Nelson, usted se ha ganado una píldora.

CAPÍTULO VI

Jimmy sonrió.

—¿Por qué tiene tanto interés en llamar la atención? Las paredes de esta habitación son muy frágiles. Si usted aprieta el gatillo sonará como un cañonazo. En un instante se agolparán los curiosos cerca de la casa y lo verán salir sin remedio. No existe ninguna puerta trasera, ¿se da cuenta?

—Perfectamente, sabelotodo. Gracias por el aviso. —Wayne metió otra vez la mano en la chaqueta y sacó un silenciador que con un movimiento preciso colocó en la pistola—: ¿Y ahora qué dice?

Nelson tragó saliva mirando la mortífera arma.

—¿Por qué ha de liquidarme, Richard? Le he demostrado, sin lugar a dudas, que yo no tengo nada que ver con la broma que alguien le ha querido gastar.

—Pero usted sabe demasiado. Aunque ignora los detalles concretos, usted se imagina que ese dinero proviene de algún asunto sucio y está seguro de que ello ocurrió en nuestro país. Invertiría muy poco tiempo en ponerse al corriente. Le bastaría con pedir un poco de información. Es tan sencillo como sumar dos y dos.

Nelson se dijo que Wayne no parecía tonto. Se había metido en un buen lío y si no esgrimía algún argumento de fuerza para convencerle, era muy probable que el periódico local del día siguiente dedicase a su memoria sabrosos titulares.

—Escuche, Wayne, ¿por qué cree que he venido aquí a dar la cara?

—La respuesta es sencilla. Ha pensado chantajearme, poner precio a su silencio.

—No, amigo, se equivoca.

Nelson vio que su interlocutor apretaba con más fuerza la culata de la pistola y se apresuró a declarar:

—Usted me encontró en mi hora mala el otro día. Jamás en momento alguno de mi vida la he tenido peor. En Los Angeles me ganaba el pan como detective privado. Allí me topé con un ayudante del fiscal del distrito a quien yo no gustaba. Durante ocho meses me estuvo haciendo la vida imposible y todo porque su mujer

había sido mi novia. Probablemente, era ella misma quien le envenenaba contándole cosas mías durante las horas que permanecían juntos en el hogar.

Lo cierto es que un buen día me cansé del ayudante y le di una paliza de órdago. Ya se puede imaginar las consecuencias. Me pusieron en la picota. Hubo escándalo y me retiraron la licencia. Hasta oficiosamente se me dijo que yo no era persona grata al círculo oficial y se me aconsejó que ahucase el ala por algún tiempo. Acepté la sugerencia y recordé que yo tenía un amigo aquí, un chico a quien salvé la vida durante la guerra en Francia; me prometió que cuando le necesitase siempre estaría a mi lado. Puse proa a México, y al llegar a esta plaza me encontré con que mi amigo hacía ya meses que se había largado sin dejar su nueva dirección. Ésa es mi historia, Wayne. Estaba aburrido y empecé a jugar. Me limpiaron. Lo último que me ganó usted era lo que me habían dado por la venta de mi pistola.

—¿Qué espera con eso? ¿Qué me eche a llorar?

—Quiero meterle en la cabeza que lo que me ha impulsado a venir aquí no ha sido el propósito de chantaje como usted supone. Al descubrir ayer lo de los billetes pensé que alguien se la había jugado a usted en grande, pero también me di cuenta de que el asunto debía valer la pena y que era muy posible que le conviniese un poco de ayuda para lograr lo que desea. Ahora las cosas están difíciles para usted, Wayne. Soy decidido y cuando llega el momento expongo el tipo como el primero. Dos hombres en este caso podrán hacer más que mío. Le estoy proponiendo que me acepte como socio.

Wayne se quedó un rato pensativo y luego preguntó:

—¿Hasta dónde llega su ambición?

—Del total se hacen tres partes. Dos para usted y una para mí.

—Se pone muy en razón.

—Nunca me ha gustado comerme todo el pastel cuando ha sido otro quien lo ha cocinado.

Wayne vaciló todavía unos instantes y finalmente decidió:

—Está bien, «compa». Creo que la idea me satisface en principio.

—Tenía el presentimiento de que usted sabe lo que le conviene. Ahora cuénteme la historia y el reparto de personajes.

El huesudo quitó el silenciador, lo guardó en un bolsillo e hizo

desaparecer la pistola en otro. A continuación sacó un paquete de cigarrillos y tiró uno a Nelson. Ambos encendieron y, después de arrojar una bocanada de humo, el visitante empezó a contar.

—En primer lugar no me llamo Richard Wayne, sino Peter Lander. Hace cosa de tres semanas fue asaltado un Banco en Tulsa, Oklahoma. Según los diarios, el golpe fue perfecto. Cuatro hombres habían intervenido en él. Yo era uno de ellos. Los otros tres se llaman David Arness, Steve Sunday y Billy Forsythe. Pero hubo un quinto hombre, el encargado de trazar todos los planes y de procuramos la salida del país. Era el jefe, el patrón. Lee Mac Mahon. Peter Lander hizo una pausa mientras se quitaba con el dedo índice una brizna de tabaco del labio inferior. Luego prosiguió:

—El asalto en sí no tuvo dificultades. Todo salió a pedir de boca. Pero otros antes que nosotros lo han hecho con el mismo éxito en centenares de localidades de Estados Unidos. Lo importante era la fuga y en eso probó Mac Mahon poseer una inteligencia fuera de serie. En un pueblo, a treinta millas de Tulsa, se celebraba una feria de ganado y usted sabe que con motivo de eso se arma un buen tinglado. Mac Mahon lo tenía todo preparado para que pasásemos por feriantes. Nos distribuimos por distintos barracones. A mí me tocó ser taquillero en uno, en el que se exhibían unos cuantos animales monstruosos. Luego, a los tres días, la feria terminó y, aparentemente, cada cual tiró por su lado, pero el punto de reunión era México, esta playa, y aquí fuimos llegando unos antes y otros después.

—¿Y qué se hizo con el botín?

—Fue cosa de Mac Mahon. Nos los hizo soltar en una de las calles de Tulsa unos cinco minutos después del atraco. Una detención ante un poste de señales y el dinero pasó de un coche a otro.

—¿Y después?

—Mac Mahon nos lo había explicado antes de que diésemos el golpe. El pellizco que habíamos pegado al Banco de Tulsa iría a Nueva Orleáns. Después, en un avión particular, a un pueblecito de Chihuahua llamado Clavelitos, y por último llegaría a nosotros de manos de un contrabandista llamado Andrés García. Nosotros teníamos confianza en el jefe. Yo empecé a pensar en hacerme con todo el botín cuando supe que habíamos atrapado doscientos mil dólares. Con ellos podría darme la gran vida en cualquier lugar con

nombre supuesto. Ya me encargaría yo de que no me cogieran. Mac Mahon se quiso valer de su enfermera, una estupenda chica llamada Ruth Landing para recoger la valija de Andrés García y la llevase luego a su casa. Era la última etapa. Steve Sunday acudiría al punto de reunión con una lancha motora para recoger a Ruth.

—¿Sabía esa Ruth lo que contenía la valija?

—Bueno. —Lander titubeó— ella sólo se cuidaba del jefe. La trajo contratada desde nuestro país.

—Pero estaba al corriente.

Peter Lander se miró la punta de los zapatos y dijo:

—El caso es que ella es algo así como una novia mía y yo se lo conté todo.

De buena gana Nelson habría soltado una carcajada. ¿Y él había puesto los ojos en aquella mujer que al parecer tenía para todos? Natalie la había calificado como «pura dinamita» y no se equivocaba. Pero la dinamita podía estallar y cuantos se encontrasen a su alrededor saltarían en pedazos por el aire.

Así pues, Ruth había sido puesta al corriente de todo por Peter Lander y sin embargo, no lo eligió a él si no a Steve Sunday. La razón de ello era bien sencilla. Ruth, una mujer fría y calculadora, se daba cuenta de que le sería mucho más sencillo manejar a Sunday que a Lander. Todo era así más fácil, sin complicaciones.

—¿Iba a largarse con ella, Peter? —preguntó interrumpiendo sus pensamientos.

—Pensaba telefonarla después de recoger el maletín. Me hubiera seguido, porque me quiere y está dispuesta a dejar a Mac Mahon.

¿Qué cara pondría Peter si él le dijera que Ruth era una tal para cual? Pero no; ¿por qué iba a decepcionar al pobre muchacho?

—Está bien, Peter —dijo—. ¿Cómo procedió para hacerse con el maletín?

—Conocía el lugar y la hora en que Andrés García debía aparecer para entregarlo a Ruth. Yo me presenté unos minutos antes y lo liquidé en un suspiro.

—He leído en la Prensa. Utilizó un cuchillo, ¿eh?

—No quería armar demasiado ruido.

—¿Y luego?

—Cogí el maletín y me alejé rápidamente de la nave en dirección contraria a la que seguiría Ruth. Me costó un poco de trabajo saltar

la verja que hay por allí y enseguida me dirigí a su hotel donde permanecí esperando hasta que usted llegó.

—¿Por qué no escapó enseguida con el maletín, siendo así que usted creía que contenía el dinero?

—Cuando le encontré a usted en aquel bar y le vi sin blanca pensé que me podría servir de ayuda. No me convenía esfumarme una vez me hiciese con el maletín. Mac Mahon y los demás sabrían enseguida que había sido yo el tipo listo y se hubiesen lanzado en mi persecución como lobos hambrientos.

—Usted habló de una semana y sin embargo, se ha presentado hoy. ¿Por qué?

—Porque Mac Mahon, después de mucho pensar, opinó que a Andrés García le asesinarían por haberse ido de la lengua y que algún compañero suyo tenía a estas horas el dinero. Andrés operaba en la zona de El Paso y Mac Mahon me ha dicho hoy que me diese una vuelta por allí para hacer una investigación mientras él movía los resortes aquí.

—¿Usted se lo ha creído?

—Siempre hemos pensado todos que Andrés tenía los doscientos mil.

—Todo está tan claro como el agua. Apuesto a que es Mac Mahon quien no quiere repartir con nadie. De un modo u otro sabía que usted le iba a traicionar. Para él no existe duda de que ha liquidado a Andrés García. Es un buen observador, puesto que ha leído en sus ojos que usted desconocía el contenido del maletín y le ha querido dar la oportunidad de que escapase. ¿Se da cuenta? Debe estar carcajeándose a estas horas pensando en que Peter Lander vuela hacia cualquier país con un maletín lleno de papeles de periódico.

—¡Maldito sea! ¡Le daré un escarmiento a ese barrigón!

—No hará nada de eso, Peter. Debemos obrar con cautela. Mac Mahon ha demostrado tener más inteligencia que ustedes; por algo es el jefe. Para vencerle hay que utilizar sus propias armas: sagacidad, audacia y mucha sangre fría.

—Me gustaría aplastar la cabeza de ese cerdo inmundo.

—Recuerde que ahora vamos a iniciar la partida con dos ventajas a nuestro favor. Primero la que nos concede el hecho de que el plan de Mac Mahon ha fracasado. El pensaría lanzar contra usted a Sunday y los demás. Probablemente les habría dado una pista falsa

y él hubiese desaparecido con el botín.

—Lo comprendo. ¿Y la segunda ventaja?

—La de que yo conozco a Mac Mahon y a Ruth.

Lander expresó un gran asombro. A continuación Nelson hizo, a su manera, un relato de su encuentro con la joven y de la visita a la casa del millonario. Luego añadió:

—Precisamente esta noche me ha invitado a ir allá. Creo que va a ser una velada agradable.

Peter se iba serenando poco a poco.

—Está bien, gran hombre —convino—. Creo que le voy a seguir la corriente, pero métase esto en la cabeza. No piense en llevarse todo el bocado.

Nelson sonrió. Se había metido en un bonito juego. La banda había estado unida mientras unos y otros se necesitaron, pero ahora cada cual barría para su lado. Ninguno de ellos quería repartir los doscientos mil del ala. Y Lander pensaría que él, Nelson, podría estar sugestionado por la misma idea.

—No se preocupe, Peter —le dijo—. Con un tercio tengo bastante. Y a partir de ahora habrá de tener mucho cuidado. Deje que yo lleve la batuta y todo saldrá bien.

—De primera, Nelson. Estoy de acuerdo.

—Ahora lárguese y procure alegrar esa cara. Mac Mahon se asombrará más si lo ve comportarse con naturalidad.

—¿Cómo justificaré el que no haya ido a El Paso?

—Ahí está lo bueno. Diga que le han dado un soplo según el cual un amigo de Andrés García ha sido visto por la localidad con un maletín en la mano. Naturalmente, usted describe al jefe las características del maletín, color, forma, etcétera, y ya puede jurar que Mac Mahon empezará a hacerse un lío.

El asesino del contrabandista sonrió aviesamente.

—Siempre pensé que usted sería una buena inversión para mí. —Se dirigió hacia la puerta y antes de salir se volvió diciendo—: Nos veremos en la casa de Mac Mahon, «compa». Hasta luego.

Jimmy le vio salir y se quedó un rato mirando la puerta cerrada. Esperó durante quince minutos y luego recogió las láminas, las metió en la valija bajó al registro del hotel, donde preguntó al encargado:

—¿Le gustaría dar una sorpresa a su mujer, amigo? El otro, un

hombre de unos cuarenta años que llevaba una camisa cuyo cuello estaba deshilachada y una chaqueta brillante por el roce, inquirió a su vez: —¿De qué se trata, señor?

Nelson abrió el maletín y le exhibió las láminas diciendo:

—Son unos bonitos cuadros. Harán juego en su salita de estar. Y hasta se puede permitir el lujo de regalar alguna en el santo o cumpleaños de sus familiares.

El encargado observó unas cuantas láminas y encontrólas de su gusto.

—Es usted muy amable —ponderó agradecidamente.

Nelson salió a la calle con el maletín, pero ya no lo tenía cuando una hora después penetró en la tienda de Ramón Gómez.

Pagó sin protestar el equivalente en dólares de los dos mil pesos por recuperar su pistola, la cual examinó comprobando que estaba en buen uso. Luego volvió a la calle y se encaminó hacia la residencia de Mac Mahon.

Bien; ya se encontraba preparado para lo que viniese. Sabía que sería duro y que, con toda probabilidad, la sangre correría a torrentes. Ante esta idea las aletas de su nariz palpitaron y le pareció que el corazón le latía más aprisa.

Otra vez estaba en la brecha, en lo suyo, jugándose la vida.

CAPÍTULO VII

Abonó la carrera al taxista que le había traído desde la población y, cuando el coche emprendió el regreso, se acercó a la puerta de hierro y apretó el timbre.

Mientras esperaba, contempló el cielo que otra vez se había cubierto de nubes. De vez en cuando un relámpago alumbraba la noche, a lo lejos.

La puerta se abrió y, cuando echó a andar por el camino enarenado, vio a Ruth al pie del pórtico.

Se cubría con un vestido de noche de color azulado, cuya falda estaba cuajada de estrellas. La vio más hermosa y deseable que nunca, con los hombros desnudos y aquella sonrisa cautivadora en los labios.

—Bien venido, señor Nelson —saludó, mientras le daba la mano.

Jimmy se la apretó suavemente y la encontró tibia, aterciopelada.

—No hay otra como usted, Ruth. Eso he de reconocerlo.

Ella entreabrió la boca halagada e hizo un gracioso mohín.

—¿Ha bebido ya antes de empezar la velada, Jimmy?

—Sólo un par de *whiskys*.

—No debe lanzarse todavía. Es demasiado pronto. Nos esperan dentro para cenar.

—¿Quiénes?

—Su anfitrión y tres o cuatro amigos. Quizá los encuentre rudos, pero no son malas personas.

Se colgó del brazo de Nelson y ambos penetraron en la casa.

Después de cruzar el ancho vestíbulo penetraron en un comedor iluminado por una gran araña central. Bajo de ella había una mesa con servicio para siete personas. Dos de ellas eran Nelson y Ruth. Los otros cinco se encontraban allí ya y volvieron la cabeza hacia la pareja.

Mac Mahon se levantó de una silla de ancho respaldo y cambió un apretón con Jimmy mientras decía:

—Celebro verle de nuevo por aquí, señor Nelson. Cuando nos despedimos Ja otra noche me di cuenta de que había olvidado una

regla de cortesía. Le debí invitar. Discúlpeme, pero la pérdida de mi tabaco me conturbó un poco.

Jimmy sonrió mirándole con fijeza.

Mac Mahon era cínicamente sincero.

—Le voy a presentar a los otros invitados, señor Nelson.

Saludó en primer lugar a Peter Lander, su ya viejo conocido, el cual a juzgar por la expresión de su rostro, debía de tener ya en el cuerpo una copa de más. Le siguió David Arness, de mediana estatura, rechoncho y hocico saliente. La última mano que Jimmy estrechó fue la de Billy Forsyte, un tipo con cara de ratón y pelo de estopa.

—Ya conoce a Sunday —dijo después Mac Mahon.

Jimmy miró a Sunday quien no pareció prestarle mucha atención inclinado sobre un mueble bar y entretenido en descorchar una botella.

Luego cada uno ocupó su sitio en la mesa. Mac Mahon en la cabecera, a su derecha Ruth y a la izquierda Nelson. Jimmy dedujo que Mac Mahon habría apretado algún botón debajo de la mesa, porque al instante apareció un criado mexicano, el cual recibió la orden de que comenzase a servir la cena.

En el transcurso de ésta, a base de merluza en salsa, pollo asado y pastel de manzana, los comensales apenas intercambiaron palabra alguna, pero todos ellos, a excepción de Ruth, hicieron un buen consumo de bebidas. Por fin, mientras tomaban el café, Mac Mahon se limpió los labios con la servilleta y clavando su mirada en el rostro de Nelson preguntó:

—¿Cómo van sus cosas?

—Cuando uno está de vacaciones, todo marcha de primera.

—Siempre y cuando no se busquen complicaciones innecesarias —sonrió Mac Mahon—. ¿No es así?

—Uno no las busca. Generalmente surgen en el momento más inopinado.

—¿Y qué haría usted en ese caso?

Jimmy miró la punta del cigarrillo que había encendido y se encogió de hombros replicando:

—Solamente me meto en la vorágine cuando pienso que voy a pescar algo. No soy ningún millonario y siempre cae bien un dólar. En aquel momento sonó un largo timbrazo. Alguien llamaba en la

puerta de la calle. Nelson vio que todos los cuellos se estiraban. Se oyeron los pasos del criado mexicano cuando cruzaba el vestíbulo y luego unas voces. Finalmente se produjo un chasquido y de nuevo los pasos se aproximaron al comedor. El criado apareció y adelantóse hacia la cabecera de la mesa portando en sus manos un paquete envuelto en papel marrón.

—¿Quién era, Manuel? —preguntó Mac Mahon.

—Un viejo que no ha querido decir su nombre. Se ha limitado a dejar esto para usted.

Mac Mahon miró el paquete intrigado y quitándoselo de las manos al criado lo puso sobre la mesa. Luego cortó con un cuchillo los cordeles que lo ataban y los desenvolvió. Ante los ojos expectantes de los comensales apareció un maletín.

Sobrevino un gran silencio.

—¡Canastos! —exclamó Forsyte poniéndose en pie de un salto—. ¿No es ésa la valija que te debía entregar Andrés García?

Mac Mahon dirigió una furibunda mirada a Forsyte y éste se calló mordiéndose el labio inferior.

—Usted nos disculpará, ¿verdad, señor Nelson? —dijo Mac Mahon con una sonrisa.

—Claro que sí —contestó Jimmy con expresión ingenua.

Mac Mahon se levantó y cogiendo el maletín por el asa echó a andar. Inmediatamente fue seguido por todos los componentes de la banda, los cuales desaparecieron por la puerta que debía comunicar con la biblioteca.

Ruth y Jimmy quedaron solos, interrumpidos únicamente por las idas y venidas del criado mexicano que estaba retirando el servicio. Llegaron voces airadas del cuarto contiguo y Ruth sugirió:

—¿Qué le parece si continuamos la sobremesa en la terraza?

Jimmy se levantó y fue tras ella.

Se sentaron en los sillones de mimbre y escucharon durante un rato el rugido del mar encrespado que batía el embarcadero.

—Me gustaría leer sus pensamientos —dijo Ruth de pronto.

El sonrió y echóse hacia delante mirándola:

—Me encuentro en una terraza con una mujer hermosa, cautivadora... ¿No puede suponer cuáles son esos pensamientos?

—Me refiero a los que cruzaron por su mente cuando me indicó su deseo de venir aquí.

—Usted estaba en esta casa, ¿no es bastante?

—Ni siquiera me preguntó sobre la posibilidad de hacer yo una escapada.

—Usted es la enfermera de Mac Mahon y me imaginé que encontraría dificultades para salir de noche.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—Sería encantador que no me mintiese. Porque usted me gusta.

Nelson observó el bello rostro inexpresivo. Era una mujer que sabía lo que quería, de qué forma conseguirlo, y defendería lo que creía suyo poniendo en juego todas sus armas.

—¿Por qué le había de mentir, Ruth?

—Nuestro encuentro en aquella nave del muelle estuvo rodeado de circunstancias misteriosas. Usted ha sido detective privado. Quizá haya sacado conclusiones propias de todo aquello y ha pensado que no malgastaría su tiempo realizando una investigación por su cuenta.

—Suponiendo que así fuese...

La irrupción de Mac Mahon y los otros miembros de la pandilla impidió que Ruth diese una respuesta.

Mac Mahon mostró en la mano derecha el maletín abierto y en la otra dos grandes pastillas de tabaco. Todo eso lo colocó en la mesa ratona mientras decía:

—¿Qué le parece, Nelson? El tipo que liquidó a Andrés García sintió remordimiento y me ha mandado la mercancía.

Nelson observó la ancha sonrisa de su anfitrión y luego fue observando uno a uno los rostros impassibles de los salteadores. Todos lo miraban a él con curiosidad a excepción de Lander, cuyos ojos enrojecidos por la bebida, chispeaban alegremente.

—Eso parece confirmar su teoría —contestó devolviendo la mirada al imponente Mac Mahon—. Y la de la policía. Quienquiera que fuese el que mató a Andrés García, lo hizo impulsado por la venganza. Naturalmente, no resistió a la tentación de llevarse el maletín de su víctima.

—¡Estupendo! —intervino Billy Forsyte haciendo una mueca—. Todos parecen haber estudiado en una Universidad y seguramente soy el único tipo tonto que hay aquí. Pero contésteme a una pregunta: ¿Cómo supo el asesino que el maletín iba destinado al señor Mac Mahon? Además...

Forsyte se interrumpió de repente dejando la palabra en el aire.

Nelson sonrió para sus adentros; aquél iba a agregar por qué en el compartimiento secreto de la valija habían aparecido los recortes de papel de periódico en vez de los doscientos mil dólares que ellos esperaban.

Hubo una larga pausa y al fin Nelson inquirió:

—¿Tiene usted Una respuesta para su amigo, Mac Mahon?

El obeso hombre endureció los músculos faciales y repuso:

—Quizá Andrés García antes de morir dijo al asesino a donde debía mandar el maletín.

—¡Y un cuerno! —gritó Forsyte otra vez—. No creo en nadie, ¿entiende? Esa historia huele a podrido desde cien millas de distancia.

—Yo creo que...

Lander no pudo continuar y lanzó una carcajada. Todos le miraron, pero él siguió riéndose apretándose los riñones.

—¡Cuéntanos el chisté, Peter; quizá nos haga gracia también a nosotros! —requirió Sunday.

Nelson, se estremeció porque ahora supo que el socio que se había buscado estaba completamente borracho, y no tardó mucho tiempo en convencerse de que sus temores eran completamente fundados.

—¿Lo ha oído, Nelson? —preguntó Lander—. Dos pastillas de tabaco y un montón de recortes de periódico..., una broma estupenda.

—¡No sé de qué me habla! —se apresuró a decir Jimmy, sintiendo que el corazón le latía más aprisa.

Mac Mahon había fruncido el ceño y miraba a Lander y a Nelson de hito en hito. La expresión de su semblante indicaba que un rayo de luz había brillado en su mente.

—Sunday —llamó de pronto.

—¿Sí? —respondió el aludido.

—Sería conveniente que te llevases a Peter en la lancha. Le haría mucho bien el aire del mar.

Peter miró a Sunday y repentinamente dejó de reír.

—No tengo ganas de dar ningún paseo —farfulló abruptamente.

Mac Mahon clavó en él sus brillantes pupilas.

—¡Si yo digo que vas con Sunday es porque te conviene! ¿Algún reparo, Peter?

El huesudo expresó un temor súbito en los ojos y observó a Nelson, el cual se mantenía inmóvil. Luego se humedeció los labios con la lengua y dijo:

—Está bien, iré con él.

Sunday sonrió y sus labios dibujaron una mueca. Luego los dos bajaron por la escalera y se perdieron en la oscuridad. Nadie habló en la terraza hasta que se oyó zumbiar el motor de la lancha y ésta se alejó del embarcadero.

—¡Un gran chico, este Peter! —Ponderó Mac Mahon—. Lo malo es que cuando bebe se pone un poco pesado. A veces eso es una ventaja, porque ayuda a que se le comprenda mejor.

Nelson se dio cuenta de que su cigarro se había apagado y se puso en pie.

—Será mejor que me marche. Es ya un poco tarde.

—¡Oh, no debe hacer eso! —dijo Mac Mahon—. Apenas ha tenido tiempo de cambiar impresiones con la señorita Landing. Mis amigos y yo nos vamos otra vez dentro para resolver un asunto financiero. ¡Quédese Nelson! Ya sabe que está en su casa.

Mac Mahon no esperó una réplica de su invitado, sino que salió de la terraza seguido por sus compañeros. Cuando sus pisadas se perdieron en la distancia. Ruth saltó del sillón y exclamó con voz airada:

—Con que usted venía aquí por mí, ¿eh Jimmy? Yo era una mujer cautivadora...

Nelson se volvió hacia ella.

—¿Qué le pasa? —le preguntó.

—Da la casualidad de que mi pensamiento es tan veloz por lo menos como el del señor Mac Mahon. Ese estúpido de Lander le ha echado a perder la combinación. Hizo mal en buscarse un aliado como él. Ahora Peter y usted han cavado su tumba.

Jimmy intentó sonreír sin conseguirlo.

—No le comprendo una sola palabra, Ruth.

—¡Hágase de nuevas y está listo, amigo! Usted envió ese maletín.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—De una manera u otra ha hecho cantar a Lander y está al corriente del asado que se está cociendo aquí. Por eso se ha creído con derecho a una parte. —La hermosa mujer hizo una pausa y añadió—: Así pues, en la valija sólo hay papeles sin valor. Confieso

que ha sido una buena estratagema por su parte.

—Continúe.

—Mac Mahon lo preparó todo para quedarse con el botín, pero lo malo es que los demás pensamos hacer lo mismo. El se dio cuenta de ello e inventó el truco del maletín. Lander me pisó el terreno por unas pulgadas y se llevó el supuesto tesoro. Y apuesto a que en ese momento entró usted en la combinación.

—Es muy lista, Ruth. Yo también soy un hombre ambicioso. Hablemos con claridad. ¿Dónde está la pasta?

—No lo sé, pero si lo supiese tampoco se lo diría.

—¿Con quién decide hacer el reparto? ¿Con Sunday? ¿Con Billy Forsyte...? ¿O es ahora David Arness el hombre de sus sueños?

La joven enarcó las cejas y, tras quedarse unos instantes en suspenso, rió sardónicamente.

—No me equivoqué al apreciarlo desde el primer momento como un hombre peligroso.

—Favor que me hace, pero aún no ha contestado a mi pregunta.

—No lo repartiré con nadie, Jimmy, y usted lo sabe.

—¿No le parezco yo mejor que ellos?

—Podría haber sido mi tipo, pero ¿de qué sirve un hombre muerto?

—¿No le parece que es demasiado truculenta?

—No, señor Nelson. Conozco bien a Mac Mahon y sé que ahora no dejará que llegue usted vivo a la ciudad.

Jimmy metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y exhibió su pistola.

—Le presento a Segismunda, una buena amiga mía. Me ha prestado grandes servicios en otras ocasiones. Me quiere tanto que se irrita si alguien intenta hacerme daño.

—En esta ocasión su amiga no le servirá de nada.

Jimmy guardó otra vez el arma y pronosticó:

—Le demostraré que existe un error en sus cálculos.

Se oyó el motor de la lancha que llegaba al embarcadero y casi al instante aparecieron en la terraza Mac Mahon, Forsyte y David Arness.

—¿Se divierte, señor Nelson?

Jimmy no dejó de mirar a Ruth mientras respondía:

—La señorita Landing tiene una conversación muy amena y es un puro placer escucharla.

Sunday apareció sólo en lo alto de la escalera. Sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió.

—¿Y Peter? —le preguntó Mac Mahon.

Sunday se quitó el cigarro de los labios, parpadeó tres o cuatro veces y puso una cara compungida.

—No fue mía la culpa, señor Mac Mahon. Hubiera querido evitarlo, pero no pude... Yo estaba al timón y él se había alejado un poco de mí.

—¡Suéltalo de una vez! ¿Qué es lo que ha pasado?

Sunday dio de nuevo una chupada al cigarro y declaró:

—Desapareció, señor Mac Mahon. El mar por allá dentro está más picado que por aquí. Había bebido demasiado. Se mareó enseguida. Oí sus arcadas y cuando volví la cabeza, pude observar que estaba agachado sobre la banda de babor. «Ten cuidado, Peter», le advertí. Pero él siguió allí como si no me hubiera escuchado. De pronto vi una ola más grande, negra, acercándose amenazadora a nosotros... Volví otra vez la cabeza gritándole: «¡Cuidado Peter! ¡Tírate al fondo!». Pero él no me oyó, o no me hizo caso. De pronto la barca pegó un salto y se dobló del lado en que se encontraba nuestro amigo. Yo me agarré fuerte a la rueda y tuve que mirar al frente porque temí que detrás de aquella ola viniese otra Di la vuelta rápidamente queriendo evitar que nuevamente nos cogiese de costado y cuando miré otra vez a mis espaldas... —Sunday se mojó los labios con la lengua y añadió pesaroso—: Lander no estaba allí. Se lo había tragado el mar. Hice todo lo posible, patrón, tiene que creermelo. Usted sabe que Peter era buen amigo mío y un gran chico. Hicimos muchas cosas juntos allá.

Nelson sabía que Peter era un hombre de la peor calaña, pero sintió náuseas al oír hablar a Sunday con aquel cinismo y aún le dio más asco ver la expresión que mostraba el rostro del hombre que había condenado a muerte a Peter. Mac Mahon estaba allí escuchando, componiendo un gesto de falsa perplejidad, y, cuando por fin su sicario hubo terminado el relato, agachó la cabeza y con voz lúgubre murmuró:

—Descanse en paz.

Nelson tosió suavemente.

—Ha sido una velada encantadora. No ha faltado de nada. Yo me marchó ya.

Mac Mahon continuó con la cabeza baja como si recitase una oración por el alma de Peter Lander y de pronto miró a Nelson y dijo:

—Ya sabe que siempre será bien recibido aquí. Mi amigo Forsythe lo acompañará a la ciudad en mi propio coche.

Nelson dirigió una mirada a Billy, el cual permanecía impasible.

—No, gracias —contestó—. Tengo ganas de estirar las piernas.

—¡Oh, no lo puedo permitir! —Y Mac Mahon añadió, como si su fallo fuese inapelable—: Ya lo has oído, Billy. Acompaña a nuestro invitado a la ciudad.

—Será un honor —dijo Billy y salió de la terraza.

Jimmy sostuvo la mirada del jefe de los salteadores, inclinó la cabeza hacia Ruth y echó a andar.

El criado mexicano mantenía la puerta abierta y pasó por su lado.

Billy Forsythe estaba abriendo la puerta del garaje y Nelson encendió un cigarrillo en el pórtico, mientras apretaba el brazo contra la pistola, sabiendo que la iba a necesitar.

El coche rugió y Billy lo condujo hasta el pie de la escalinata.

Jimmy descendió y, dando la vuelta por la proa, se colocó junto a Forsythe.

Poco después salían por la puerta de hierro que el mexicano había abierto desde la casa.

—¿De qué parte es usted? —preguntó de pronto Forsythe.

—De San Bernardino, cerca de Los Angeles —contestó Nelson.

—¿De veras? Tuve un amigo que trabajaba en su ciudad. Se ganaba la vida vendiendo coca, pero tuvo la mala suerte de que un día se le ocurrió no liquidar las cuentas con el patrón, y al cabo de poco tiempo murió bajo las ruedas de un coche en no sé qué pueblo de Texas.

—No me cuente historias tristes. Me hace polvo el corazón.

—Es lo que digo yo. Las personas a veces se labran su ruina. Pudiendo vivir tranquilos pretenden alcanzar algo que está muy lejos de su mano.

—Oiga, usted es mi tipo grande como filósofo. Si se decide a escribir sus memorias cuente con que yo le compraré un ejemplar.

—Se cree usted un tipo vivo, ¿eh?

El coche empezó a descender por una larga pendiente. La aguja del velocímetro ascendió rápidamente, pasando de los sesenta a los

setenta y luego a los ochenta.

—¿Va a ganar un premio? —preguntó Nelson un poco inquieto. Forsyte echó la cabeza hacia atrás soltando una carcajada.

—¿No se las da de valiente?

—El matarse en un coche no tiene nada que ver con el valor. Significa simplemente que el conductor está loco o es un irresponsable.

—Usted tiene respuesta para todo —comentó Billy y tomó más velocidad.

La aguja saltó a los noventa.

—Está bien —rezongó Jimmy—. Pero, cuidado, ahí tiene una curva. Forsyte seguía sonriendo cuando pisó el pedal de los frenos, pero el coche prosiguió su escalofriante marcha. Entonces su cara se puso blanca como el papel.

—¿Qué pasa ahora? —gritó Jimmy.

Forsyte que, segundos antes, había sido el más alegre muchacho de la tierra, lo miró de soslayo y sus labios se estremecieron.

—Están rotos los frenos... Nos vamos a matar.

—¡Claro que sí! ¡Escuche, cabeza loca! Mac Mahon le ordenó a usted que me liquidase a mí y usted se tragó el cuento, pero para él era mucho mejor que ninguno de los dos volviésemos a su casa.

—¡Los doscientos mil! —exclamó Forsyte con los desorbitados ojos fijos en la curva que se acercaba más y más al parabrisas.

—¿Dónde está el dinero, Billy? —preguntó Jimmy, poniendo la mano en el picaporte de la portezuela—. Ahora ya no importa que me lo diga. Cuando vengan a recoger nuestros restos les bastará con un pañuelo.

Billy Forsyte, el hombre duro, empezó a lloriquear: su pie no cesaba de apretar inútilmente una y otra vez el pedal del freno. También en vano intentó la sucesiva reducción de marchas.

—Lo tenía él, Mac Mahon —balbució—. Está allí. No me lo creía, pero él me lo enseñó, en un baúl del sótano. Fue una trampa suya lo del maletín. Me dijo que solamente repartiríamos él y yo. Yo tenía que liquidarlos a todos. ¡Maldito cerdo! Nos está eliminando. Primero fue aquel contrabandista, luego Peter y ahora yo. ¡Se quedará con todo el dinero! ¡Cerdo!

El coche llegaba a la curva a una espantosa velocidad.

Jimmy se encomendó al cielo, abrió la portezuela y saltó. Mientras

iba por el aire oyó la voz aterrorizada de Billy Forsyte:

—¡No me deje solo!

Y en aquellos momentos en que sabía que estaba su vida en juego, Nelson pensó que la despedida que le hacía el *gángster* era un buen título para una canción, y tal idea trajo consigo otra, la visión de Natalie Miller, bonita como el sol cantando: *No me dejes sola, Jimmy, no me dejes sola...*

CAPÍTULO VIII

Luego ya no pudo pensar nada. Pasó una eternidad antes de que su cuerpo tropezase con algo sólido, y se dio cuenta de que había rebasado el pequeño acantilado y que ahora rodaba por la arena fina de la playa. Abrió unos instantes los ojos y se maldijo porque se le llenaron de tierra. Tuvo la impresión de que le arañaban las mejillas, la frente, la nariz con papel de lija, y por encima de todo aquello oyó un estruendo terrible. El coche en que viajaba Forsythe se estaba haciendo pedazos.

Intentó respirar y la arena le taponó la nariz. Abrió la boca y otra vez la maldita arena se le metió por la garganta. Sus pulmones iban a estallar y él seguía rodando sin poder detenerse.

Pero de pronto sintió una caricia húmeda y al fin se quedó inmóvil. Los oídos le zumbaban. Creyó que tenía la espina dorsal partida en dos, y que en su cerebro se habían reunido un millón de grillos que chillaban más y más formando una horrible sinfonía.

Se dio cuenta de que estaba en el agua y, haciendo un esfuerzo, púsose de rodillas. Exhaló con fuerza el poco aire que quedaba en sus pulmones y uno de los orificios de su nariz dejó, de estar obturado.

Bien; aquél podía ser un buen principio. Intentó otra vez abrir los ojos, pero no pudo porque el dolor era muy intenso. Entonces palpó el agua con las manos y avanzó hacia el mar. Las olas se estrellaban contra él. Sumergió la cabeza y cuando empezaba a ahogarse la sacó de nuevo. Hizo este movimiento tres o cuatro veces. La cara le ardía. Se atrevió a abrir los párpados y sintió que la arena que tenía dentro era barrida por el agua. Le seguían doliendo mucho. Continuó realizando aquel ejercicio durante diez minutos y al cabo de ellos creyó que se producía el milagro: podía ver. Todo estaba muy negro, pero descubría una luz a lo lejos, la del faro que había en la costa, cerca de la playa.

Entonces salió del agua e intentó ponerse de pie, pero las piernas le temblaban y se dejó caer de nuevo en la húmeda arena. En la carretera un coche se detuvo y oyó los golpes de varias portezuelas.

Luego un hombre habló en español:

—¡Santo cielo! ¿Lo has visto, Francisco? Es sólo un montón de hirviente chatarra.

—Sí —contestó otra voz—. Pero los que estén dentro no sentirán el fuego. Debieron morir al volcar el coche.

Nelson dio un suspiro y abrió los ojos. Ahora pudo ver con claridad las nubes que se dirigían hacia el oeste, y por un instante la luna menguante se asomó para verle a él también y contar a las estrellas que un hombre en la tierra había salvado la vida milagrosamente.

Oyó de nuevo la voz de los de arriba:

—No podemos hacer nada, Francisco. Será mejor que vayamos a avisar a la policía.

Jimmy se levantó y empezó a caminar por la orilla de la playa. Al cabo de un rato se detuvo y mojando el pañuelo en el agua se lo aplicó en las ardientes mejillas.

Una milla más allá se levantaban los balnearios y las barracas de la clase pobre. Pululaba mucha gente por allí: parejas de enamorados y familias que habían ido a cenar a la playa. Un niño de corta edad se le quedó mirando y le señaló con un dedo:

—Mira, papá, está borracho.

Nelson siguió caminando. Tropezó con carne blanda y una voz femenina gritó:

—¿No te dije que siempre hay abusones por aquí, Ana?

Se volvió para excusarse y vio que la mujer con la que había tropezado era una mole de grasa que no pesaría menos de ciento cinco kilos. Balbució una disculpa y continuó andando. Vio a lo lejos las luces rojizas del bar Americano y apretó la marcha. Por un momento creyó que caminaba por un desierto y que aquello formaba parte de un espejismo. Pero no, al cabo de un rato, cruzó la calzada y el mar continuaba allí. Se metió por la puerta y acercóse rápidamente a la barra.

—Tres *whiskys* dobles —pidió al *barman*.

—¿Le ocurre algo, señor? —preguntó el otro mirándole ceñudamente.

Nelson sintió deseos de mandarle al diablo, pero apretó los labios.

—Me encuentro perfectamente —repitió—. Tres *whiskys* dobles.

—Está bien, señor.

Se bebió los dos primeros de un solo trago y cuando iba a hacer lo

mismo con el tercero, una voz dijo detrás de él:

—Así que la dama le dio calabazas.

Era de nuevo Natalie. Al volverse, ella agrandó los ojos:

—¡Canastos, Jimmy! ¿Se ha enamorado de una luchadora?

Nelson sonrió y miróse en el espejo de enfrente por primera vez. Tenía el rostro encendido y la frente y las mejillas arañadas. Sin duda se había cortado jímio a una oreja; la sangre ya no manaba, pero había manchado el cuello de su camisa. Y en cuanto a su indumentaria, estaba completamente empapada y la chaqueta aparecía desgarrada por el codo izquierdo.

—Me encontré con un amigo al que hacía tiempo no veía —contestó.

—Y se abrazaron con demasiada efusión —completó ella sonriente, mientras se sentaba en un taburete.

Nelson fue a replicar algo, pero enmudeció al ver que ella cogía el tercer *whisky* y se lo llevaba a los labios.

Nelson se encogió de hombros y pidió al mozo un paquete de cigarrillos. Cuando hubo encendido observó a Natalie.

—¿Y bien? —inquirió él.

—¿En qué clase de lío anda metido, compañero?

—En uno que voy a resolver muy pronto.

—¿Se lo cuenta a la abuelita?

—La abuelita tiene bastante con sus preocupaciones. ¿Ha encontrado al fin alguien que la contrate?

—He recibido varias promesas. Pero por ahora no hay nada que hacer. Dicen que la temporada todavía no ha empezado y los números están completos.

—Está bien, supongo que habrá acabado con su dinero. Le daré unos cuantos billetes, pero a condición de que regrese a Estados Unidos.

—¡Protesto, señor Nelson! No soy ninguna ovejita descarriada.

—Pero lo será si continúa sin blanca por estos andurriales. Abundan los lobos más de lo que usted se cree.

Jimmy se echó la mano a la cartera y al pronto palideció al descubrir que el bolsillo correspondiente estaba vacío. Maldijóse por no haberse cerciorado de que la tenía consigo después del accidente en la playa.

—¿Le limpiaron también lo suyo? —preguntó ella.

—Me parece que ahora somos dos los que estamos varados en este maldito lugar.

—¡Oiga, eso es estupendo! —exclamó ella con los ojos brillantes.

—¿Usted cree? —retrucó Jimmy.

—A mí me quedan los dólares suficientes para pagar el pasaje hasta Estados Unidos en un barco de pesca. Estuve hablando con un hombre que se compromete a dejarnos en una playa al otro lado de la frontera. Pasaremos un día y medio en el mar sin muchas comodidades, pero creo que será delicioso.

Jimmy se dio cuenta de que Natalie hablaba como una niña ilusionada con la perspectiva de un nuevo juego.

—Sí, será maravilloso... —contestó— para usted.

Ella dejó de sonreír y se mordió el labio inferior, mientras en su rostro aparecía un gesto de decepción.

—Continúa, a pesar de todo, enamorado de esa mujer.

—No es eso —denegó él.

—¡Claro que lo es! —gritó ella con voz rabiosa—. He oído decir que cuando un hombre se enamora de una mujer de esa clase está completamente perdido si ella no le corresponde. Lo creí a usted con un poco más de seso. ¡Véngase conmigo, Jimmy!

El se quedó pensativo unos instantes sin dejar de mirarla y luego repuso:

—De modo que ha permanecido todo este tiempo aquí para sacarme del infierno. Es usted una chiquilla, Natalie. Yo no le convengo a usted por ningún concepto. —Ella bajó la mirada avergonzada y él continuó—: Soy un hombre sin porvenir, un desterrado de la sociedad.

Natalie fijó sus grandes ojos en él.

—Por lo visto le divierte insultarse a sí mismo. No creo una palabra de lo que dice. Si le pegó a aquel ayudante de fiscal estoy segura de que tenía razones para hacerlo.

Jimmy frunció el ceño.

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—Está bien, ríase de mí si quiere. Me tomé la molestia de llamar a Los Angeles. Me gustó usted. Quizá sea de esos hombres que consideran poco romántico que una mujer se le declare, pero es así. Los ojos de Natalie se llenaron de lágrimas y dando media vuelta fue a marcharse, pero él rápidamente estiró el brazo y la detuvo,

sujetándola de la muñeca.

—Perdone, Natalie, me he comportado como un estúpido.

Ella dejó transcurrir unos instantes y luego replicó:

—He sido yo quien lo ha echado todo a rodar.

Jimmy sintió el reconfortante calor que emanaba de su piel, vio que el pecho femenino se agitaba entrecortadamente y que ella era una mujer joven y muy hermosa. La abarcó por la cintura y la apretó contra su pecho.

Ella murmuró de pronto:

—Me tiene lástima.

Jimmy negó con la cabeza.

—No, Natalie. Pienso que te he querido también a ti desde el primer momento.

La joven siguió mirando a un punto del suelo musitando:

—Y ahora me dirá que he de comportarme como una buena chica, que debo irme en ese barco y que usted acudirá a mi encuentro en cualquier playa americana.

Jimmy inspiró profundamente.

—Supongo que sería lo más sensato.

Ella levantó la mirada y preguntó:

—¿Por qué te quedas?

Nelson miró por la ventana la carretera que conducía a la residencia de Mac Mahon y contestó como si hablase consigo mismo:

—Tengo doscientas mil razones para ello.

—No me iré sin ti —exclamó la joven decidida.

Jimmy le levantó la cara, tomándole la barbilla.

—Está bien, muchacha. Me vas a esperar aquí.

—¿Adónde vas?

—A arreglar un negocio. Será cuestión de poco tiempo, de unas horas.

—No te vayas, por favor.

—Tengo que ir, Natalie. Hay cosas en la vida que no se pueden dejar.

Transcurrieron unos segundos mientras ambos se miraban en silencio hasta que ella lo rompió diciendo:

—Tengo el presentimiento de que si sales por esa puerta, no volverás a cruzarla, Jimmy.

Nelson quedóse mirando hacia la Salida. Luego contempló el reloj

que había en la pared. Las agujas señalaban las once de la noche.

—Siéntate junto a la ventana, Natalie, y espera hasta dos horas. Si en ese plazo no he regresado... tendrás que irte sola.

—No, Jimmy, me lo has prometido. Has dicho que volverás.

—Sí, Natalie, pero mis cálculos pueden fallar.

Ella no pudo hablar porque tenía un nudo en la garganta, pero asintió con la cabeza.

La acompañó hasta la mesa que había junto a la ventana, besó sus labios y ella se dejó caer en la silla.

Nelson se la quedó mirando unos instantes y de pronto dio media vuelta y salió por la puerta.

El barman lo vio marchar y fue a decir algo, pero se contuvo al ver que la muchacha con quien él había estado hablando se encontraba todavía allí sentada y dedujo que él volvería pronto.

Sólo ella, Natalie, mientras veía a Jimmy perderse poco a poco en la oscuridad de la noche, pensó que él no regresaría para pagar sus tres *whiskys* dobles.

Y con esa idea, dobló la cabeza apoyando la frente sobre la mesa y se mordió la mano para no estallar en un sollozo.

CAPÍTULO IX

Nelson caminó por la playa y al llegar frente al lugar en que Billy Forsyte se había destrozado en el coche, vio muchos vehículos aparcados con los faros encendidos. Un enjambre de personas se movía de un lado a otro. Siguió adelante sin detenerse a buscar su cartera, y media milla más allá subió a la carretera y siguió por ella hasta la residencia de Mac Mahon. Todas las luces de la casa estaban apagadas.

Encendió un cigarrillo y comprobó que su pistola estaba en orden. Entonces apretó el timbre de la verja. Sólo tuvo que esperar como cosa de un minuto. La puerta metálica se abrió y echó a andar por el camino enarenado.

Sunday le estaba esperando en el umbral de la casa con una automática en la mano y le obsequió con una sonrisa de desprecio.

—¿Se le olvidó algo, señor Nelson?

—Seguro que sí, Sunday, por eso he regresado.

—Ya le dije al señor Mac Mahon que usted sería un hueso duro para Billy. ¿Qué ha hecho con él?

—En estos momentos están recogiendo sus trocitos en la carretera.

Sunday registró a Jimmy y le quitó la automática.

Luego Nelson pasó junto a Sunday y éste cerró la puerta. Una voz fuerte llegó desde la terraza.

—¿Quién es, Sunday?

Jimmy cruzó el *hall* y, pasando ante la escalera que conducía al piso superior, penetró en la terraza. Allí estaban sentados Mac Mahon, Ruth y David Arness. Los tres le miraron de pronto sorprendidos, pero el primero en reaccionar fue el gordo, el cual dio un suspiro y saludó sonriendo:

—¿Es usted, señor Nelson? No esperaba verle esta noche.

—Ni quizá mañana, ni pasado, ni al otro —contestó Nelson.

—Si he de serle sincero, hace un rato creí que me despedía de usted definitivamente. Pero, al parecer, usted es de esas personas con las que hay que contar siempre. —Hizo una pausa y tras dar una chupada al cigarro que tenía en la mano añadió arrojando el humo

—: ¿A qué se debe el honor de su visita?

Nelson tenía toda la banda ante sí, pero uno de ellos, Sunday, esgrimía una pistola. Había contado con que en principio lo pasaría mal y que sólo podría coger la sartén por el mango si él mismo se buscaba la oportunidad:

—Quiero mi parte, Mac Mahon —proclamó con voz fría.

Sobrevino un largo silencio hasta que el gordo preguntó con una sonrisa:

—¿Su parte? ¿A qué se refiere, Nelson?

—Usted sabe de qué estoy hablando. Ustedes limpiaron doscientos mil de un Banco de Tulsa. Vinieron aquí a hacer el reparto.

—Suponiendo que todo eso sea cierto, ¿en qué basa sus derechos para exigir su inclusión en la sociedad?

Jimmy caminó hasta la baranda y se sentó sobre ella cruzando los brazos.

—Su pregunta me parece un poco ingenua, señor Mac Mahon. Sé quiénes son ustedes y lo que han hecho. Estoy al corriente también de lo que pasó con Peter Lander y ahora con Billy Forsythe. Y también, de regalo, no se me olvida lo que le ocurrió a cierto contrabandista el otro día.

Mac Mahon hizo un movimiento con la cabeza y repuso:

—Alguien me dijo cierta vez que a veces la buena memoria suele traer complicaciones.

—Estoy sin blanca, amigo —declaró indolente Nelson—. Siempre he tenido buen olfato para el dinero y pensé que aquí lo encontraría en grande.

—¿Cuánto quiere?

Jimmy se pellizcó la barbilla y quedóse pensativo unos instantes. Al fin respondió:

—Creo que mi silencio vale cincuenta hojas de lechuga.

Sobrevino otro silencio y de pronto Sunday gritó:

—¡Yo te daré tu parte, bastardo!

Había levantado la pistola peligrosamente, apuntando a Nelson, y éste leyó en sus ojos el deseo de matar.

Mac Mahon ordenó:

—Estate quieto, Sunday.

—¿Por qué? Es nuestro enemigo. Antes de hacer el asalto quedamos en que tiraríamos a matar. Todo salió bien. No vamos a consentir

ahora que un estúpido entrometido nos lo estropee todo.

Mac Mahon miró firmemente a Sunday y preguntó con acritud:

—¿Quién es el jefe aquí?

El gigantón permaneció unos instantes mirando a Mac Mahon y finalmente hizo un movimiento aprobatorio.

—Está bien —gruñó—; pero sería mucho más fácil para todos que me lo llevase como a Peter a dar una vuelta por el mar. También lo necesita.

Mac Mahon soltó una carcajada.

—¿Lo ha oído, Nelson? Sunday se preocupa mucho por sus amigos.

Jimmy dedujo que Mac Mahon no le había salvado la vida para darle los cincuenta mil dólares. Era evidente que el gordito no estaba dispuesto a ceder un solo dólar del botín. Por lo tanto, la suspensión de la sentencia significaba que había concebido un plan a mayor escala.

—Así pues, ¿está dispuesto a darme las cincuenta hojas de lechuga?

—inquirió tratando de darle cuerda.

—Pongamos que son treinta. Es una buena cantidad teniendo presente que usted ha llegado al banquete cuando nos íbamos a comer los postres.

Jimmy no se precipitó en dar una respuesta, sino que dejó correr unos minutos y luego dijo:

—De acuerdo, Mac Mahon. Que sean treinta. Pero los quiero ahora.

—¿Y si el dinero no estuviese aquí?

—Déjese de cuentos. Sé que lo guarda en la casa Billy Forsyte me lo confesó antes de irse al otro mundo.

Jimmy sabía que lo que decía era peligroso para él, pero estaba jugando a un solo paño y tenía que arriesgarlo todo o nada.

Mac Mahon, Sandy y Ruth Landing permanecieron imperturbables, pero David Arness se levantó bruscamente de la silla y, tras mirar unos instantes perplejo a Jimmy, desvió los ojos hacia su jefe.

—¿Eso es cierto? —preguntó.

Mac Mahon dio una chupada al cigarrillo y luego repuso:

—Sí, David, es verdad.

—¡Maldita sea! —barbotó el pistolero—. ¿Cómo es posible?

—Se encuentra en mi casa desde hace diez días exactamente.

David Arness desorbitó los ojos exclamando furioso:

—¡Entonces nos ha engañado! —Pero de pronto se interrumpió y

miró a Sunday, el cual se mantenía con el rostro inexpresivo—: ¿Lo sabías tú, Sunday?

—Claro que sí.

—¿Y tú, Ruth?

—¡Vete al diablo y déjame en paz! —respondió perezosamente la morena.

Las aletas de la nariz de Arness palpitaban.

—Así que todos estaban al corriente.

—Todos menos tú y Peter —dijo Mac Mahon.

—¿Por qué?

—Acostumbro a tratar a mis hombres según se comportan conmigo, y tú y Peter teníais el deliberado propósito de largaros con los billetes. Por eso preparé la trampa del contrabandista. En la valija sólo había recortes de papel de periódico. Sunday y Ruth tampoco estaban al corriente, pero se lo conté después.

—¿Por qué hizo usted eso?

—Los hechos me dieron la razón. Peter mató a Andrés García y huyó con el maletín creyendo que los había dejado en la estacada.

—El volvió aquí.

—Claro que sí, para disimular. Pero había dejado en depósito la valija a Nelson. Ahí es donde Peter se equivocó. Creyó que Nelson era un pobre diablo y que se conformaría con un puñado de dólares.

—¿Por qué no me lo comunicó a mí como a Sunday y a Ruth?

—Porque tú pensabas lo mismo que Peter. La única diferencia entre tú y él consistía en que a Peter le gustaba valerse de estratagemas. Tú hubieras hecho las cosas más sencillas. Esperabas dar el golpe cuando nos fuéramos a repartir el botín. Lo leí en tus ojos, David. Eres un pistolero y sólo te sientes seguro cuando tienes el arma en la mano. Hubiese sido sencillo para ti sacar tu automática en el momento del reparto, liquidarnos a todos y coger los doscientos de los grandes. ¿Te das cuenta? Yo tenía que evitarlo. Esta empresa la habíamos acometido entre varios.

—¡Todo eso no son más que historias! —rezongó David.

—Es lo que tú crees, pero lo has hecho antes de ahora. ¿Crees que me metí en esto sin estudiar la vida de cada uno día a día? No, David. Era demasiado importante el asunto para que yo procediese a la ligera. Tenía que conocer bien vuestras virtudes y vuestros defectos. Tú eras un tipo con agallas, alguien que en el momento

preciso sería capaz de abrirse paso a tiros, por una razón muy sencilla. Bastaría que la policía te cogiese con una pistola en el bolsillo para que te cayese la perpetua. Tú no querías pasar la vida entre rejas; antes hubieras llenado muchas barrigas de plomo. Ésa era tu virtud y lo que motivó el que te considerase como un hombre necesario, para el caso de que las cosas no saliesen como yo había proyectado. Y tu defecto era tu egoísmo. Nunca tuviste un amigo. Eras un hombre reservado, sin confianza en el prójimo. Considerabas que un semejante era un enemigo. ¿Cuántas veces has hablado desde que llegamos aquí? Ya empezaba a olvidar tu voz. El apodo con que se te conoce en todos los sitios lo dice todo: David Arness *el Mudo*. Había un detalle más significativo en tu prontuario. Hace tres años limpiaste una joyería de Seattle. Tú y dos más os llevasteis veinticinco mil dólares en diamantes, pero tú no repartiste con ellos. A los tres días del robo la policía encontró dos cadáveres en la costa cerca de la ciudad. Eran los de tus compañeros y tú los habías eliminado. Cuando te cogieron dijiste que al intentar huir en una embarcación, ésta zozobró y tus dos compadres se ahogaron. No había pruebas, y como los muertos eran dos delincuentes y la policía te tenía a ti, se contentaron con condenarte por lo del asalto.

Mac Mahon hizo una pausa y sonrió sin dejar de mirar fijamente a Arness.

—Hubieses hecho lo mismo con nosotros, ¿verdad, muchacho? Si por veinticinco mil dólares mataste a dos, ¿qué significaban cuatro vidas por doscientos mil?

David miró por el rabillo del ojo a Sunday, el cual parecía prestar tanta atención a las palabras de su jefe que había bajado la pistola. Entonces David dio un salto atrás y con una rapidez inaudita exhibió en su mano derecha una pistola con la que apuntó a Sunday.

—¡Suelta el «quitapenas» o te la ganas!

Sunday dejó caer la pistola en el suelo.

El gordo no se había movido de la silla y Ruth Landing se mordió el labio inferior.

David señaló a Jimmy con el arma.

—Usted, entrometido, póngase enfrente.

Nelson deslizóse de la balaustrada y pasó al otro lado. Cuando todos

estuvieron convenientemente situados, Arness soltó una risita irónica.

—Así me gusta más el decorado.

—Guarda esa pistola, David, y no cometas ninguna locura —ordenó Mac Mahon.

—No, jefe, ya ha dejado de dar órdenes.

—Empezamos esto juntos y hemos de terminarlo igual.

—Si, patrón. Está muy bien enterado de mi historia. Me cargué a mis compañeros en aquel negocio de Seattle. Resultó demasiado sencillo.

—Aquí somos cuatro, David —arguyó Mac Mahon—. No será lo mismo.

—Estaría verdaderamente loco si no aprovechase esta oportunidad. Estamos lejos de nuestro país, hay una lancha motora ahí abajo y usted tiene doscientos mil dólares. Nunca soñé que sería tan fácil.

—Quizá sea más complicado de lo que supones. Anda, deja la pistola y hablemos como personas. Hay dinero para todos.

—No, gordinflón. Póngase en pie. Iremos al sótano, me haré cargo del dinero y luego todo habrá acabado para ustedes.

Mac Mahon se mantuvo unos instantes inmóvil y después dijo:

—Está bien, David.

Se incorporó trabajosamente, y luego, con mucha tranquilidad, se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, y David conminó:

—¡Quieto, gordinflón! ¿Es que quiere morir antes de tiempo?

Mac Mahon sonrió con la mano escondida y replicó:

—No, David, no voy a morir todavía. Si alguien va a ir al otro barrio, ése eres tú.

Sacó una pistola provista de silenciador y en ese momento David apretó el gatillo. Siguió el sonido del percutor, pero no se produjo ningún estampido y Arness, loco de terror, apretó de nuevo. Mac Mahon apuntó al pistolero con su arma.

—¿Ves, David, como yo tenía razón? Solamente necesitabas una oportunidad para demostrar lo que llevas dentro. Todo esto lo imaginé de pronto, cuando hace un rato te quitaste la chaqueta para jugar al póquer. Fue muy sencillo inutilizarte el arma.

Arness retrocedió apretando todavía su pistola.

—¿Qué va a hacer conmigo, jefe?

—Matarte, sólo eso.

David Arness dirigió una furtiva mirada al arma que esgrimía Mac Mahon.

—Está bromeando, jefe.

—¿Es todo lo que se te ocurre, David? Tienes muy poca imaginación.

—¡Me marcharé, jefe...! ¡No quiero ningún dinero!

—Te has vuelto muy generoso de pronto, David. Dicen que nunca es tarde para arrepentirse... pero a ti de nada te vale.

—Por favor, jefe... Deje que me marche. No le molestaré más. Yo volveré a nuestro país.

—Para dar el soplo, ¿eh?

—No puedo hacer eso. Yo también tomé parte en el asalto. Me dedicaré a otras cosas. Poco antes de que usted me eligiese me ofrecieron en traspaso un negocio de coches robados. Es un buen asunto y podré sacar para vivir decentemente.

—No, David. Entre nosotros no puede existir la conmiseración. ¿La ibas a tener tú? No. Hubieses apretado el gatillo hasta vemos bien muertos a los que estamos de este lado de la pared.

Una gruesa gota de sudor resbaló por la nariz de Arness, bailó unos instantes en la punta y cayó sobre el piso de la terraza.

—Puede necesitarme todavía, jefe. ¿Por qué ha de repartir con Sunday? Yo manejo la pistola mejor que él.

—¡Condenado puerco! —apostrofó Sunday con los ojos llameantes de odio.

—No te preocupes, muchacho —le dijo Mac Mahon—; no hay cambio alguno en mi plan. Es Arness el que se va.

El gordo apretó el gatillo, sonó un estampido y Arness se llevó las manos al estómago inclinándose hacia delante. Luego levantó la cabeza y miró con ojos desorbitados al hombre que lo mataba.

—¡Maldito seas...! —exclamó—. Siempre pensé que jugarías sucio... —Luego soltó un gemido y se desplomó en el suelo, donde quedó inerte.

CAPÍTULO X

Durante un rato sólo se oyó el ruido del mar. Mac Mahon cogió con la mano libre un vaso de *whisky* que había sobre la mesa ratona y después de beber un trago ordenó:

—Ocúpate de lo demás, Sunday, y llévate también a Nelson. El necesita un poco de aire fresco.

Jimmy no replicó nada. Sunday se echó al hombro el cadáver de Arness y descendió por la escalinata de piedra.

Ruth Landing, a quien aquella escena había dejado las fauces secas, se escanció *whisky* en un vaso. Mac Mahon mantenía a raya a Nelson con la pistola provista de silenciador.

—No debió de mezclarse en esto —le reprochó—. No sé por qué tengo que cruzarme siempre con personas que no le tienen apego a la vida.

—Imaginé que podría llegar a un acuerdo con usted —mintió Jimmy.

Mac Mahon sonrió con ironía.

—Esos doscientos mil sólo me pertenecen a mí. ¿Qué diría usted si un pintor que crea una obra artística tuviese que partir sus beneficios con los mercachifles que le vendieron el lienzo o el marco? Sería absurdo. Lo mismo me pasa a mí. Peter, David, Bill y Sunday han vivido a costa mía durante dos meses. Los he tratado a cuerpo de rey. Han tirado los dólares en espectáculos, diversiones, mujeres... Han bebido y comido hasta hartarse. Ya recibieron lo suyo.

—Me arde una pregunta en la punta de la lengua —indicó Nelson—. ¿Y Ruth? ¿También la va a eliminar?

Mac Mahon miró de soslayo a la joven.

—Ella me hubiese cambiado por cualquiera de ellos porque eran más jóvenes. Pero ya está convencida que lo que importa es estar al lado del más fuerte, y ése soy yo. Es lista y sabe lo que le conviene.

Ruth, que estaba un poco bebida, levantó la barbilla.

—¿Tiene algo que alegar, Jimmy?

—Solamente que la vida enseña mucho. Si no lo viera con mis

propios ojos, me resultaría imposible creer que a una mujer tan hermosa como usted le gusta revolcarse en el cieno.

Ruth respiró furiosa y, de pronto, acercándose a Nelson le abofeteó. —¡Esto le enseñará a ser más comedido en sus palabras, señor Nelson!

Mac Mahon soltó una risita y dijo:

—¿Ve usted, Nelson? Hasta en eso usted ha ido demasiado lejos. A las mujeres hay que comprenderlas. Yo dejé que Ruth se confabulase con unos y con otros. Sabía que intrigaba contra mí, pero me daba igual, porque yo era quien tenía todos los triunfos en las manos y quien finalmente se la llevaría.

—Forman una buena pareja —respondió sarcásticamente Jimmy— y seguro que encontrarán la cloaca que merecen. Es sólo cuestión de tiempo.

Sunday regresó mostrando su pistola en la mano.

—¡Ande, tipo listo! —apremió a Jimmy—. Vaya delante de mí y no intente nada. Ya acabó su aventura.

Nelson se dirigió hacia la escalera de piedra, pero antes de comenzar el descenso volvió la cabeza y dijo:

—Les deseo una buena luna de miel.

Sunday frunció el ceño y miró unos instantes a Ruth pero luego, enseguida, fue tras Nelson.

La canoa estaba junto al embarcadero y Jimmy vio el cadáver de Arness tirado en la popa.

—¡Siéntese junto al muerto! —le ordenó Sunday, y él obedeció.

A continuación Sunday saltó y cogió con una mano el timón, haciéndolo girar unos grados.

—Ponga en marcha el motor, amigo.

Jimmy tiró de la cuerda. Inmediatamente la embarcación se puso en marcha, alejándose de la casa.

El mar seguía encrespado.

Durante un rato la canoa se internó en la oscuridad.

—¿Puedo encender un cigarrillo? —preguntó Jimmy—. Ya sabe que no tengo armas.

Sunday emitió un gruñido de asentimiento.

Después de arrojar una bocanada de humo, Nelson inquirió:

—¿Cuál es su plan, Sunday?

—Dentro de un momento llegaremos a un lugar bastante profundo.

Ahí en la cabina tengo un par de bolas de hierro. Antes había tres, pero Peter gastó la primera. Las sacaré y adornaré el cuello de usted y el de David con ellas; quedarán muy monos. Irán derechos al fondo y supongo que los peces harán el resto.

—Gracias por la explicación, pero no me refería a mi suerte cuando le he hecho la pregunta, sino a la de usted.

—La mía está completamente clara. El jefe me dará mis cincuenta mil dólares y yo me marcharé al sur con la señorita Landing.

—Supongo que todo eso que dice está inspirado en dos promesas. La de Mac Mahon respecto a los cincuenta mil dólares y la de Ruth en lo que se refiere a ir con usted.

—Así es.

—En ese caso, lamento decirle que los planes de ellos son bastante distintos. En primer lugar, Mac Mahon no piensa entregarle un solo dólar, y en segundo término Ruth no se va con usted, sino con el jefe.

Sunday apretó rabiosamente los labios.

—No dice más que sandeces, Nelson.

—Es lo que usted cree, pero el caso es que fueron ellos mismos quienes me lo comunicaron mientras usted transportaba a David a la canoa.

—¿Ruth con ese gordinflón? Tenía que haberse vuelto loca.

—A ella le gusta vivir a lo grande, y el que tiene el dinero es él. Mac Mahon. ¿Se da cuenta? Ruth no tiene dónde elegir. Naturalmente se hubiese quedado con usted, o con Peter o con cualquier otro, pero cada uno de ustedes muerto no le sirve para nada.

—¡Yo estoy vivo!

—Lo va a estar por poco tiempo. En cuanto regrese, le encontrará esperándole para darle las gracias por su colaboración. ¿Vio cómo apretó el gatillo cuando liquidó a David? Ni siquiera pestañeó. Para él la vida de un hombre que se interpone en su camino no significa nada.

—¡Pero yo he sido su hombre de confianza durante mucho tiempo!

—Ésa es una razón más para que él lo ultime. Ahora tiene doscientos mil dólares y una hermosa mujer con la que iniciar una nueva vida en cualquier sitio. Considera imprescindible cortar las amarras que lo puedan unir con el pasado. Observe las ventajas que

obtendrá Mac Mahon con su muerte. Se quedará con los doscientos mil, con Ruth y vivirá tranquilamente porque no existirá un hombre en la tierra que le pueda inculpar. —Nelson sonrió haciendo una pausa y luego de dar una chupada al cigarrillo remachó—: Convénzase, Sunday. No tiene absolutamente nada que hacer. El gigantón dirigió una furibunda mirada hacia las luces de la terraza que se veían a lo lejos.

—¡Tiene usted razón, Nelson!

—Menos mal que se ha dado cuenta. Siempre me ha gustado hacer un favor a un amigo.

Sunday volvió a mirarlo a él y de pronto distendió los labios en una mueca.

—Sí, Nelson. Me ha hecho ver la verdad, pero ¿por qué no dice ahora que necesito ayuda y que usted me la brindará? ¿Verdad que es así? —Empezó a reír espasmódicamente—. ¡Ande, diga que liquidaremos a Mac Mahon y que repartiremos el botín entre usted y yo!

—Le conviene mi ayuda. ¿Lo va a negar?

—Tonterías. Me basto sólo para acabar con ese barril de grasa.

—¿Está loco, Sunday? Ellos dos son demasiado para usted.

—Le demostraré a ese gordinflón lo contrario. No sabe con qué gusto le meteré una bala en la barriga. Siempre me ha estado ordenando como si fuera un lacayo, pero ahora va a ser Sunday quien de las órdenes.

La canoa siguió adentrándose en un mar cuyas olas se alzaban embravecidas.

Sunday tenía una mano en el timón mientras con la otra apretaba fuertemente la pistola manteniendo a raya a Nelson. Éste por su parte se había doblado sobre la borda, aunque tenía la cabeza vuelta hacia el *gángster*.

—Le repito que es un bocado demasiado grande para que pueda engullirlo de una sola vez. Déjeme echarle una mano y no se arrepentirá. Hay dinero para los dos.

Jimmy sabía que se encontraba en la situación más difícil de su vida.

El grandullón poseía una inteligencia rudimentaria y era de las personas que haciéndose una idea respecto a algo, la mantenían a todo evento. Indudablemente estaba muy enamorado de Ruth y

sabía que ahora solamente la conseguiría siendo el único poseedor de los doscientos mil dólares.

—Ya has hablado bastante, Nelson. Coge a David y tíralo al agua por la borda.

Jimmy se mantuvo inmóvil.

—¿Es que no me has oído, Nelson?

—Sí, te he oído.

Era evidente que apenas hubiese arrojado el cadáver al mar, Sunday dispararía sobre él. No podía dejarse matar así, como un camero. Tenía que hacer algo.

—Está bien, Sunday. Tú ganas.

Se soltó de la borda para agacharse y dio un traspié cayendo de rodillas.

—¿Qué te pasa, Nelson? ¿Es que te has puesto nervioso?

—No se puede mantener el equilibrio en esta maldita embarcación

—contestó Jimmy, atrayendo hacia sí el cadáver de David.

Le pasó un brazo por el sobaco y comenzó a tirar de él. Luego se ayudó con la otra mano. Poco a poco, como si pretendiese sostener a un borracho, se fue levantando, con la respiración jadeante por el esfuerzo. Observó por el rabillo del ojo a Sunday, que estaba firmemente convencido de que él iba a cumplir la orden.

Entonces hizo acopio de todas sus energías, llenó los pulmones del fresco aire del mar y, soltando el cadáver, se arrojó sobre el forajido.

Sunday lanzó un grito y apretó el gatillo, pero la canoa se movía demasiado y erró el tiro. Luego se produjo la colisión y los dos hombres cayeron sobre la cubierta.

Jimmy procuró aferrarle desesperadamente por la muñeca armada y lo consiguió.

—¡Maldito! —barbotó Sunday, y le pegó un rodillazo en el estómago.

Nelson soportó estoicamente el golpe y replicó con un cabezazo en el plexo solar.

El timón abandonado a su suerte empezó a girar y la canoa viró en redondo.

Nelson dobló la mano de su rival y éste soltó el arma al tiempo que lanzaba un aullido de dolor. Pero inmediatamente se repuso y logró conectar un izquierdazo en el mentón de Nelson, arrojándolo hacia

atrás. Jimmy se estrelló contra la banda de babor y Sunday aprovechó el instante para coger de nuevo la pistola. Jimmy se arrojó sobre él y le pegó un terrible puntapié en la mano.

La pistola salió disparada y se perdió en la negrura de la noche.

Los dos antagonistas se mantuvieron unos instantes inmóviles, estudiándose con la mirada, porque ahora tenían que enfrentarse de hombre a hombre.

—Te voy a romper el espinazo, Nelson —amenazó Sunday, con voz ronca.

La canoa había emprendido de nuevo el camino hacia las residencias de la costa, y Jimmy, al darse cuenta, aseguró el timón con la cadena.

—Quieres volver allí, ¿eh? —dijo Sunday, haciendo una mueca.

—Es lo que vamos a hacer.

—No, Nelson. Tu tumba está aquí, en el mar.

El grandullón hizo un amago con el brazo izquierdo pero disparó el derecho. Jimmy no se dio cuenta de la treta y recibió el puñetazo en la carótida, yendo a caer junto al cadáver de Arness. Luego Sunday lanzó una carcajada y cogió un largo garfio que había en el fondo de la barca y que se utilizaba para inmovilizarla junto al embarcadero. Tenía un metro de longitud y en uno de sus extremos brillaba el curvo acero.

—¿Qué te parece esto, Nelson? —preguntó Sunday mostrando la improvisada arma—. Vas a desear que te hubiese pegado un tiro.

Jimmy se levantó, maldiciéndose por no haber pensado en aquella eventualidad. Sunday se lanzó una vez más contra él, levantando el garfio para descargarlo sobre su espalda. Pero Nelson dio un salto y detuvo el arma, cogiéndola con todas sus fuerzas. Los dos hombres entrechocaron nuevamente, sin que ninguno de ellos soltase el garfio. Sus rostros desencajados estaban casi juntos.

—¿Quieres alargar tu agonía, Nelson? —Brotó con jactancia Sunday.

Jimmy no contestó, sino que continuó impulsando el garfio hacia la derecha. Vio por encima de su cabeza el extremo de acero y poco a poco éste fue descendiendo, acercándose a su cuello. Se dobló para huir de él y Sunday no cesaba de reír. De pronto, Jimmy flexionó la cintura y se irguió de golpe. El garfio le pasó rozando la cara mientras facilitaba el esfuerzo de Sunday, y de pronto el brillante

acero se introdujo en el estómago del forajido.

Sunday desorbitó los ojos al tiempo que lanzaba un gemido. Jimmy se apartó de él y lo dejó solo.

Sunday sujetaba todavía el garfio con las manos y dobló la cabeza viendo que lo tenía clavado en su cuerpo, observando cómo la sangre le salía hirviendo por la herida. Quiso decir algo, pero le salió un sonido ininteligible y de pronto empezó a doblarse. Hizo un esfuerzo y tiró del hierro. Entonces lanzó un terrible alarido porque él mismo se había desgarrado las entrañas y se derrumbó exánime en el suelo.

Jimmy contempló los dos cadáveres y al darse cuenta de que la canoa marchaba hacia un lugar un poco distante del que le interesaba, se hizo cargo del timón. Cuando estuvo próximo al embarcadero observó la terraza y vio que estaba desierta. Paró el motor y saltó a tierra corriendo escaleras arriba. Al llegar otra vez a la terraza se detuvo, recordando que él no tenía ninguna arma ahora.

Se introdujo en la casa y tampoco descubrió a nadie en el vestíbulo. ¿Y si se hubiesen marchado Mac Mahon y Ruth, intentando dejar burlado a Sunday?

Pasó al comedor y al ver la puerta de la biblioteca abierta se metió dentro.

De pronto se quedó inmóvil. Sobre la mesa vio un maletín abierto, lleno de fajos de billetes.

—¿Le gusta, señor Nelson? —preguntó una voz a sus espaldas.

Se volvió para atacar, pero se contuvo al ver que Mac Mahon esgrimía la pistola con silenciador.

Ruth Landing estaba a su lado.

CAPÍTULO XI

Jimmy intentó sonreír y dijo:

—Es bonito. Nunca había visto tantos billetes juntos.

—¿Y Sunday? —inquirió Mac Mahon.

—Confió demasiado en él. El pobre muchacho ya no lo puede contar.

—No aprende, Nelson. Se libró de Forsyte y usted vino aquí buscando guerra. Ahora ha liquidado a Sunday y tampoco ha aprovechado su oportunidad. Palabra que no le entiendo.

Nelson señaló de nuevo el maletín, con la cabeza.

—También me gustaría a mí darme la gran vida. Ese dinero me lo permitiría.

Mac Mahon permaneció unos instantes quieto y luego sonrió dando un suspiro.

—Lo que se hace por el dinero, ¿eh, Nelson?

—Usted estaba dispuesto a liquidar a todos los miembros de su banda que le habían ayudado a conseguirlo.

—Sí, tiene usted razón. Y con la desaparición de Sunday ha quedado cerrado el censo. En cierto modo se lo agradezco, ¿sabe? Me daba pena tener que liquidar a ese animalote.

—Ha sido un verdadero placer servirle de algo, Mac Mahon. ¿Qué le parece ahora si me paga por mi trabajo?

Mac Mahon empezó a reír y la grasa de su cuerpo se estremeció como si fuera jalea.

—Tiene gracia, Nelson. Lástima que no lo haya encontrado antes. Seguro que hubiese tenido un puesto en mi banda.

—¿Acaso no me hubiese preparado el mismo final que a los demás?

—Claro que sí, pero las tres semanas que han transcurrido desde el asalto hubiesen sido más divertidas. Con usted da gusto hablar. — Mac Mahon consultó su reloj y concluyó—: Siento interrumpir la charla. Nuestro avión sale dentro de media hora y hay un buen trecho hasta el campo privado donde nos espera.

—Por lo visto no le voy a poder convencer.

—No, Nelson. Usted no entra en mis planes y tampoco le puedo

dejar con vida porque es un hombre peligroso, como me lo ha demostrado esta noche. Sería capaz de buscarnos por toda, la Tierra y quiero vivir en paz el resto de mi vida. —Mac Mahon miró a Ruth, que estaba a su lado, añadiendo—: Con mi mujercita.

Jimmy observó a la joven, y dijo:

—La felicito, señorita Landing. Al fin ha conseguido lo que quería: el dinero y este saco de patatas.

La cara de Mac Mahon se congestionó.

—¡Maldito sea, Nelson!

—Y usted también va aviado casándose con una cualquiera.

Ruth se mordió el labio inferior, mientras sus ojos relampagueaban.

—¡Ya ha hablado bastante, Nelson! —exclamó el gordo—. ¡Aquí tiene lo suyo!

—Espera —atajó Ruth—. No consiento que ese tipo me insulte. Déjame a mí, querido. Quiero sentir el placer de ser yo quien lo mate.

Mac Mahon se mantuvo vacilante unos segundos y finalmente accedió:

—Sí, querida, voy a darte esa satisfacción.

Alargó la pistola a Ruth y ésta la cogió.

Jimmy vio brillar los ojos de la perversa mujer y por un instante cruzó por su mente la imagen de Natalie Miller sentada en una mesa del bar Americano esperando inútilmente.

Bien; después de todo, había sido un iluso al admitir que pudiera tener alguna probabilidad.

Ruth apretó fuertemente los labios y levantó la pistola apuntando a Nelson.

Mac Mahon distendió los labios en una sonrisa y sus ojos se agrandaron esperando el momento en que la mujer apretase el gatillo.

Ruth inspiró profundamente y de pronto movió la pistola hacia Mac Mahon, e hizo fuego dos veces.

El jefe de los salteadores retrocedió un paso al sentir los impactos en su cuerpo, y golpeó con su espalda la pared. Sus ojos se agrandaron mirando a Ruth.

—¿Qué... qué es lo que has hecho?

Hubo una larga pausa. Mac Mahon se llevó una mano al estómago y se la contempló manchada de sangre.

—¡Traidora...! —murmuró, y de pronto le faltaron las fuerzas y se derrumbó en el suelo.

—Hermoso final, ¿verdad, querido?

—¿Por qué has cambiado de planes a última hora?

—Me hubiese ido con cualquiera menos con Mac Mahon, y tú te has ganado ese puesto porque has quedado finalista.

Jimmy echó una ojeada a los billetes del maletín, y luego depositó otra vez la mirada en ella, la mujer más deseable que había encontrado a lo largo de su vida.

—¿Te das cuenta, Jimmy? Tenemos doscientos mil dólares para nosotros. Tú y yo. Se acabaron las penalidades. ¡El mundo es nuestro!

Nelson sonrió con amargura y repuso:

—No quiero jugarte sucio, Ruth.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no he luchado por apoderarme del dinero. Desde un principio pensé recuperarlo para devolverlo.

El rostro de la joven mostró una gran estupefacción.

—Repítelo, Jimmy. Creo que estás un poco borracho, querido.

—No, Ruth, has oído perfectamente. Ese dinero no es tuyo ni mío. Pertenece al Banco de que salió.

—¿Me vas a hacer creer que te has jugado la vida para que ellos recuperen su cochino dinero? ¿Qué clase de estratagema te traes? No puede existir en el mundo un tipo tan loco como tú.

—Quedamos unos cuantos que todavía creemos en la justicia y en la ley.

Ruth hizo una mueca.

—Despierta, Jimmy, vives en la Tierra, no en un paraíso. Aquí todo el mundo va a lo suyo. Lo que importa es conseguir la mayor tajada. Jimmy meneó la cabeza en sentido negativo.

—Si todos pensásemos igual, no existiría ninguna razón para vivir. Devolveremos ese dinero, Ruth. Naturalmente, la recompensa será para ti.

—¡Estoy harta de tus sermones!

—¿Cómo han terminado los que intervinieron en el asalto? ¿Por qué no escuchas la voz del destino? Todos ellos quisieron ese dinero y ya ves cuál ha sido su final.

—Han caído, eso es cierto, pero ha sido algo muy bueno para mí.

—No habrá lugar en la tierra donde puedas vivir tranquila, Ruth.

—Es lo que tú crees. Opino como Mac Mahon. Liquidándote a ti todo queda solucionado.

—¿Así que estás decidida?

—Completamente.

—Está bien. ¿Me permites dar un par de chupadas a un cigarrillo?

—Claro que sí, ¿por qué no? Pero yo seré quien te lo dé.

Ruth se acercó a la mesa del despacho y sin dejar de mirar a Jimmy cogió un cigarrillo y una caja de fósforos. Primero arrojó los fósforos y él los tomó en el aire. Luego hizo lo mismo con el pitillo, pero éste golpeó en los dedos de Nelson y cayó al suelo.

Jimmy se agachó y de pronto cogió un extremo de la alfombra y tiró de ella con violencia.

Ruth lanzó una exclamación y se derrumbó hacia atrás, al tiempo que disparaba al techo.

Nelson se abalanzó sobre ella para evitar que hiciese fuego otra vez, y ambos rodaron por el piso.

Jimmy jamás había oído los denuestos e imprecaciones que empezó a soltar Ruth, pero al fin logró dominarla, quitándole la pistola.

—¡Maldito seas, Jimmy!

—Será mejor que te comportes como una dama. ¿Qué dirían los muchachos de la Prensa de tu léxico?

Ruth, por toda respuesta, soltó otra retahíla de imprecaciones.

—Siéntate en ese sillón —ordenó Jimmy.

—¿Y si no quiero?

—Te golpearé en esa linda cara para hacerte perder el sentido. Sería una lástima, ¿no crees?

Ella se sentó mientras preguntaba con una sonrisa sardónica:

—¿Qué es lo que vas a hacer ahora, héroe?

—Informar a un amigo, a quien prometí las primicias de una noticia.

Cogió el teléfono y pidió una conferencia con el número correspondiente a la redacción de *La Voz del Pueblo*, de Los Angeles.

—¿Eres tú, Bill? Aquí Nelson.

—¡Demonios, muchacho! ¿Dónde te has metido?

—Asunto solucionado, Bill. De la banda que asaltó el Banco de Tulsa sólo queda un superviviente.

—¡No...! —Hubo una pausa, y de pronto, Bill exclamó—: ¡Espera, muchacho...! Eh, tú, Joe, y tú, Margot, coged los teléfonos supletorios. ¡Roberts, que paren las máquinas...! Edición especial... Está bien, Jimmy, adelante. Estamos preparados...

A continuación, Jimmy hizo un relato de los sucesos que había protagonizado durante los últimos días, y cuando hubo terminado, su amigo gritó:

—¡Es el mejor trabajo que has hecho en tu vida, muchacho! A propósito, por si te interesa: el Banco de Tulsa daba diez mil dólares de recompensa. Son tuyos. Enhorabuena.

—Gracias.

—Pero eso no es todo. Sé algo, que te alegrará más.

—¿Qué es ello?

—Tu antigua novia ha presentado una demanda de divorcio contra su marido, el ayudante del fiscal del distrito. Ocurrió ayer y lo bueno es que ella citó a los periodistas. Dijo que jamás había azuzado a su marido contra ti. Fue él quien te tomó unos celos terribles y quiso deshacerse de ti. Persecución, fue lo que ella dijo. En fin, que ha sacado los trapitos sucios a relucir y yo he aprovechado la ocasión para meter baza en el asunto. De un momento a otro se espera que el ayudante del fiscal presente la dimisión, en cuyo caso ocupará su puesto nuestro amigo Camerbuch. El te conoce bien y lo primero que hará será rehabilitarte. ¡Volverás a ser detective privado con licencia en Los Angeles, Jimmy!

Nelson se mordió el labio inferior, emocionado.

—Gracias por todo, Bill.

—No se merecen, muchacho. Tú eres de los nuestros, y palabra que me enfadaré si cuando llegues aquí no tomas conmigo unas cuantas copas en el bar de Joey.

—Eso está hecho, pero tendrá que haber otra plaza.

—¿Otra plaza...? ¿Quieres decir qué...? ¿Es bonita, Jimmy?

—Como un sol. Y no te digo más, Bill. Hasta muy pronto.

Apenas Jimmy hubo depositado el auricular, la puerta que comunicaba con el vestíbulo se abrió y entró un grupo de hombres.

—¡Eh, ustedes! —gritó Nelson, sobresaltado al darse cuenta de que dos de ellos exhibían pistolas.

—No se preocupe, señor Nelson —contestó un hombre de unos

treinta años, de cabellos castaños y ojos azules, acercándose a él. Otro se dirigió a donde estaba el maletín, y un tercero fue a echar un vistazo al cadáver de Mac Mahon.

—¿Qué es lo que ocurre aquí? —preguntó Nelson otra vez.

El de los ojos azulados levantó la solapa de su chaqueta, exhibiendo una placa.

—Kent Riorgan, agente del FBI.

—¿Del FBI?

—Exacto, señor Nelson, y ya puede figurarse por qué estamos aquí...

Jimmy seguía con el ceño fruncido.

—Oiga, le aseguro que yo no tengo nada que ver con todo esto... No pretendía llevarme esos billetes.

—Lo sabemos todo, señor Nelson.

—¿Todo?

—Teníamos localizada a la banda desde hace diez días.

—¡Canastos! ¡Y yo que me he estado jugando el tipo!

—Lo siento, pero creíamos que usted iba a lo suyo. No teníamos más remedio que esperar el desenlace.

Uno de los hombres se acercó a una maceta que había en una ventana y escarbando en ella sacó un micrófono.

—¿Se da cuenta, señor Nelson...? —advirtió Riorgan, sonriente—. Hemos estado escuchando todas las conversaciones que se han sostenido en esta habitación. Uno de nuestros hombres colocó el micrófono hace un par de semanas, haciéndose pasar por un limpiacristales. Desde luego hemos contado con la valiosa colaboración de la policía mexicana, uno de cuyos inspectores es aquel que examina ahora el maletín.

Otro de los agentes se acercó a Ruth y la esposó. La joven se encogió de hombros, dándose por vencida.

Jimmy hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y luego preguntó:

—¿Por qué no les metieron mano antes?

—Existe una razón muy sencilla. Nosotros ignorábamos dónde estaba el dinero. Usted debe saber que en muchos casos de asalto se ha echado el guante a los culpables, pero el dinero no ha aparecido. Nosotros no queríamos que eso sucediese. Debe darnos las gracias por tal decisión, ya que de otro modo, usted hubiera caído también

como sospechoso y, la verdad, le habría resultado muy difícil probar su inocencia. Tal como usted ha procedido, daba la impresión de que lo único que le interesaba era llevarse también el botín.

—Si todo acaba bien, no hay por qué quejarse —repuso Jimmy—. Pero permítame otra pregunta, Riorgan. Si ustedes estaban al corriente de todo el asunto, ¿por qué no se llevaron el maletín que Peter Lander dejó en mi habitación del hotel?

Riorgan sonrió de nuevo mientras contestaba:

—No nos crea tontos. Mientras usted estaba fuera hicimos una visita a su habitación y registramos la valija. Al ver que lo que contenía eran papeles de periódico, dejamos que los acontecimientos siguiesen su curso.

—Son ustedes geniales..., pero yo no lo hubiese contado de no haber tenido un poco de suerte.

—No sea modesto, señor Nelson. La suerte no es más que la voluntad de cada uno, y palabra que no he conocido a nadie tan tenaz como usted.

—¿Entonces no me necesita, Riorgan?

—Tenemos grabada su declaración de última hora. Sólo tendrá que pasar mañana a firmar una vez la hayan pasado a máquina. Déjese caer por la comisaría del puerto sobre las doce. Pero, dígame una cosa: ¿cómo se vio envuelto en todo el lío?

Jimmy desvió la mirada hacia Ruth, la cual salía en aquel momento acompañada por un agente. La joven se detuvo en el umbral, volvió la cabeza, ahuecóse el cabello, se estiró la falda y sonrió. Después desapareció definitivamente.

—No hace falta que me diga nada —murmuró Riorgan—. Una mujer así, siempre es peligrosa.

—Como la dinamita, agente, exactamente como la dinamita.

Jimmy estrechó la mano de Riorgan y salió de la casa.

Llegó a la carretera y de pronto empezó a llover. Hizo señal a un coche que pasaba y el conductor se detuvo dejándole entrar. En un instante, las nubes arrojaron sobre la tierra toneladas de agua. Minutos más tarde, Jimmy rogó al del coche que se detuviera y descendió a unas yardas del bar Americano. Apenas el vehículo arrancó, vio salir a Natalie por la puerta del establecimiento.

—¡Jimmy! —gritó ella.

Él fue a su encuentro, corriendo también, y de pronto se encontraron y abrazáronse murmurando sus nombres. Y allí permanecieron bañados por el agua del cielo, estrechamente enlazados, unidas sus bocas en un prolongado beso.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).